

El Ruedo



VAVEDRA

1⁵⁰
PES

Casa fundada
en el año

1895



SU PRESENCIA SIEMPRE AGRADA
ANÍS DE LA ASTURIANA

El Ruedo



EL DOMINGO EN MADRID,

La nota destacada de la corrida fué la abundancia de mansos... Dominuguín dispuesto a entrar a matar, en cuanto tenga ocasión, al toro foqueado que se corrió en segundo lugar


(Foto Baldomero)

EL LAPIZ EN LOS TOROS


Por ANTONIO CASERO




Un lance de frente por detrás, de Dominguín, en un quite al primero




El mismo diestro, caído ante la cara de su segundo toro, se hace el quite a sí propio




Un natural de «Gallito» a su segundo toro



El inevitable toro fogueado

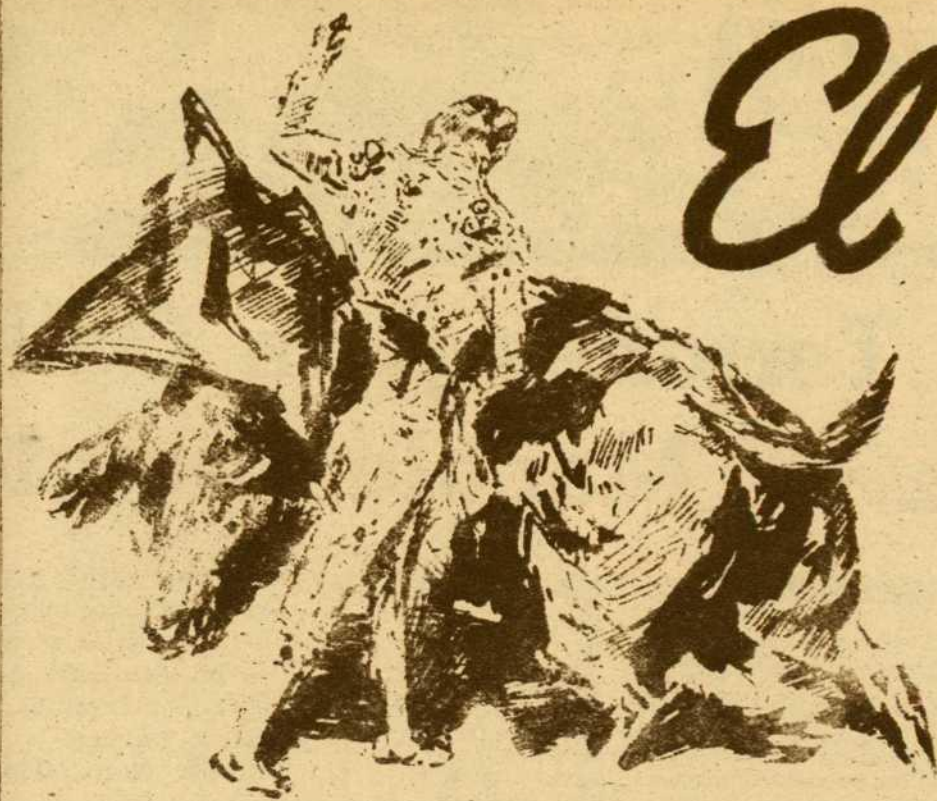


Escudero saliendo de la plaza



El sexto animal interrumpe una reunión de monos

ANTONIO CASERO



El Ruedo

Suplemento taurino de MARCA

Madrid, 20 de junio de 1944



EL DOMINGO, EN MADRID.—Rafael Ortega (Gallito), en un muletazo con la derecha. (Foto Baldomero.)

PREGON DE TOROS

Por JUAN LEON



LES voy a hablar a ustedes con franqueza. Apuesto que ya nos tratamos desde la semana pasada, y esto es suficiente, en los tiempos que corren, para establecer una corriente de confianza. Y les voy a hacer una declaración honrada antes de entrar en materia. Pese a mis filias, que como aficionado sostengo, no estoy conforme, nada conforme, con nuestros toreros.

Cuando estoy en una plaza de toros, con la alegría y la ilusión de esperar cosas sensacionales, me ocurre con frecuencia, con demasiada frecuencia quizá, que me entusiasmo hasta el frenesí por

una gran estocada; por una extraordinaria serie de naturales perfectamente cerrada con un emocionante pase de pecho; por un vistoso tercio de banderillas, a cargo de un maestro, o por un simple quite a la verónica, de frente por detrás, o lo que es peor, por chicuelinas—el truco más vistoso y adecuado para arrancar palmas sin riesgo de un alamar—. Pero luego me ocurre, cuando salgo y comienzo a meditar, a recordar lo que he visto, que me arrepiento de mi impremeditado entusiasmo de unos minutos antes. Porque invariablemente se me vienen al pensamiento dos cosas: las varas que han tomado los toros y el peso que han tenido los toros.

¿He dicho toros? Pues dicho está. Pero no crean ustedes que me quedo muy seguro de que lo sean. Me parece más bien que estoy sugestionado aún por los carteles, por esos carteles que dicen invariablemente: "6 hermosos y escogidos toros, 6, de don fularito de tal". Y luego empiezo a realizar el balance y a rascar en la memoria... ¡Y me desilusiono! Porque resulta que los seis hermosos y escogidos toros tomaron en junto, en el mejor de los casos, veinticinco varas, que son, poco más o menos, las que tomaban, no ha mucho, sólo dos toros de cualquier corrida, sin llamar demasiado la atención.

Claro que esto podría estar compensado con que en las cuatro varas hubieran caído a tierra caballo y picador; pero lo corriente es que caiga el toro, ¡pobrecito!, aunque algunas veces, por efecto acaso de un extraño factor psicológico, que no me atrevo a calificar de miedo unánime, rueden por el suelo, en informe y confuso montón, caballo, picador, toro, toreros y morosabios.

Otra compensación podría ser el peso de los toros; pero no hay forma de verlos más allá—también en el mejor de los casos—de los 250 kilos de recibo.

Veán ustedes si no, mis queridos amigos y pacientes hermanos en la afición—¡todo sea por ella!—, el aproximado resumen de cuatro corridas celebradas el domingo en Madrid, Barcelona, Bilbao y Oviedo, con toros de Terrones, Galache, Villamarta y Clairac, respectivamente, para los más afamados diestros... Veán, veán:

Entre los 24 toros—fueron corridas de a seis—tomaron 72 varas. A tres por barba. Y cuenten ustedes que hubo dos—un Clairac y un Villamarta—que sólo tomaron una cada uno, y que sólo tres tomaron a cinco, a trancas y harrancas, y regando con la penca en la arena, cuando no rojando, como becerro en tiente.

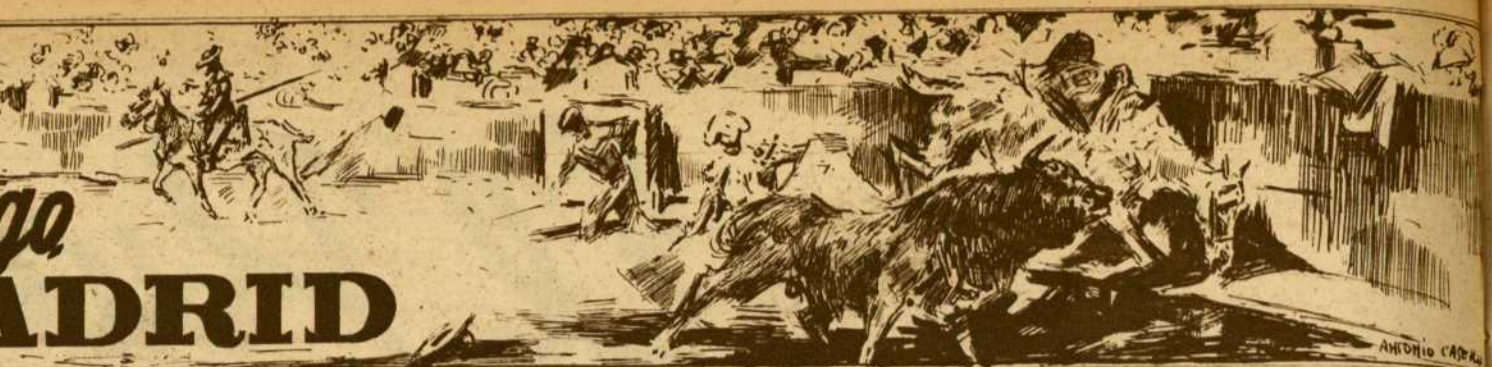
Y véase otro detalle: el peso promediado de los 24 toros fué justamente de 251 kilos... Piensen ahora que los de Madrid fueron—no se rían ustedes—unos "elefantes", que sacaron un promedio de 273, y no les será difícil obtener la conclusión de que hubo alguno con no más de 200.

¡200 kilos!...

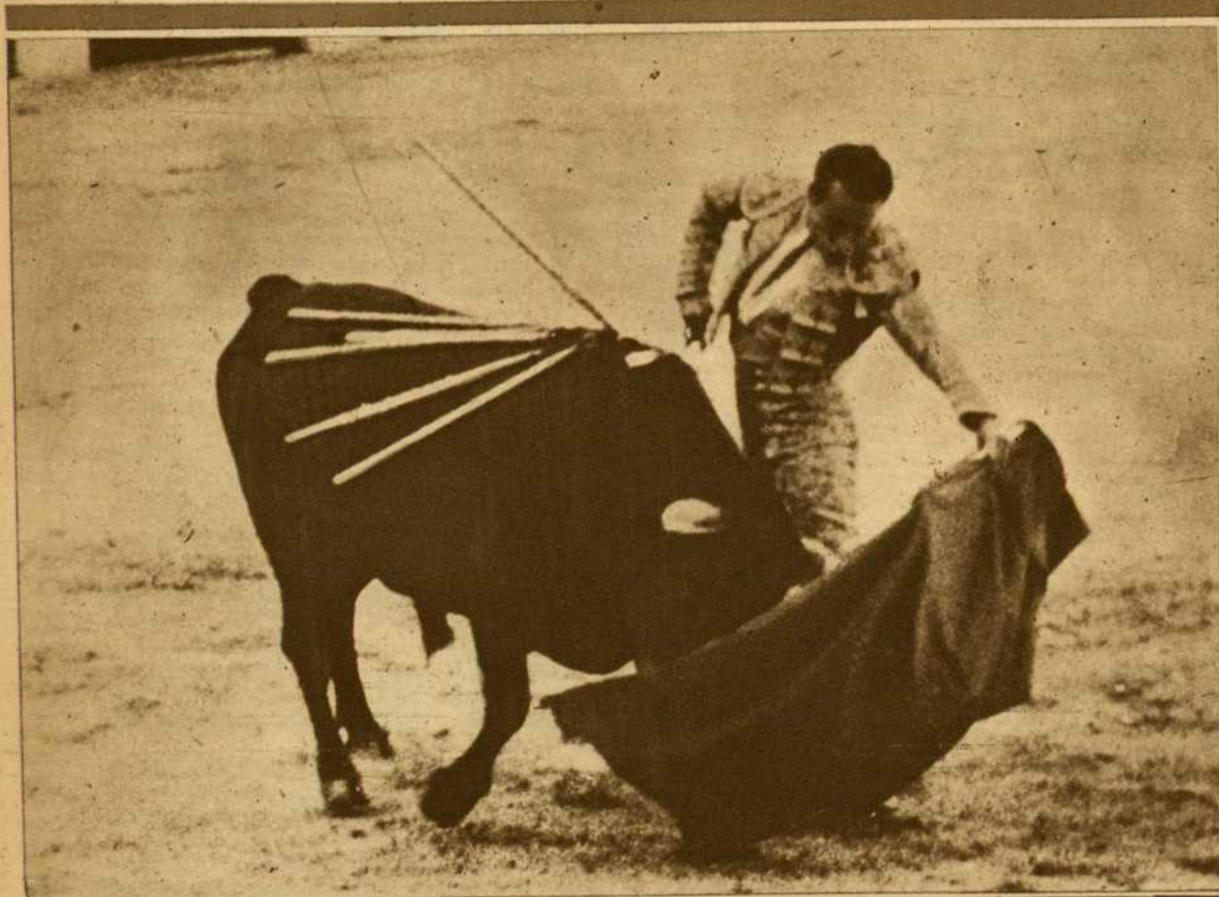
Ustedes y yo nos atrevemos a torearlos, por lo menos en estas páginas, en las que pueden comprabar, leyendo las reseñas, que no exagero.

Vamos, pues, al toro, y hasta el martes próximo, que ya nos hablaremos de tú.

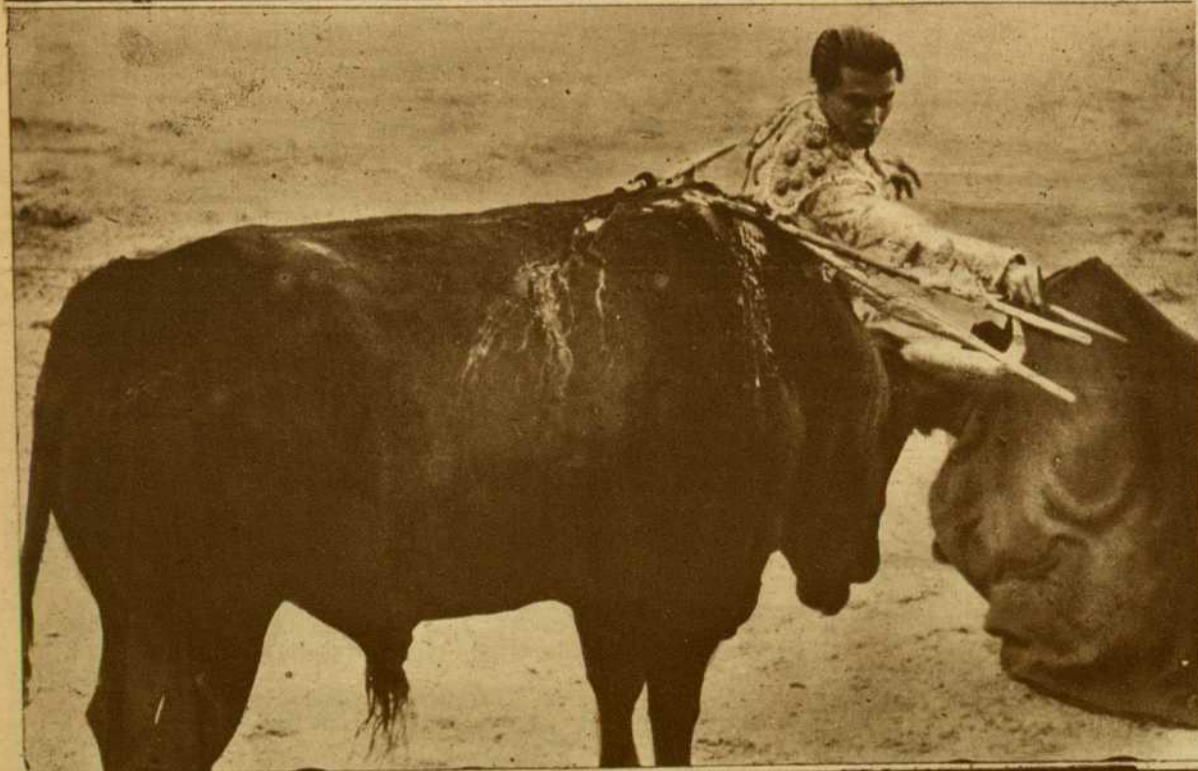
La corrida del domingo en MADRID



Seis toros de Juan Terrones para Gallito, Domingo González y Manolo Escudero



Gallito toreando al natural al cuarto toro



Dominguín intenta hacer pasar al toro fogueado

A

Preside el señor Plaza. Hay buena entrada en la sombra y floja en el sol. Seis toros de Terrones para Gallito, Domingo Dominguín y Manolo Escudero.

Primero. Negro. Gallito baila unos lances. Cuatro varas por dos derribos. Se aplaude al Aldean. Quite de Gallito por chicuelina de Dominguín capote a la espalda (ovación) y de Escudero por verónicas y media. (Ovación.) Tres pares. Gallito muletea por bajo y en redondo. Intenta el natural y desiste, siguiendo por bajo, alifando con alivio e intercalando algún adorno. Mata de una estocada delante. (Pitos.) Se aplaude al toro.

Segundo. Negro y más chico. Dominguín lancea apurado. Tres varas saliendo suelto. Huye de los caballos y se le condena a fuego. Dos pares y medio. Dominguín comienza en el estribo y remata desde el burladero. El toro es manso, y el matador lo muletea por la cara con decoro. Mata de dos pinchazos y una casi entera. (Muchas palmas y saludo.)

Tercero. Negro. Bien de lámina. Corta por el lado izquierdo, y Escudero lancea con precauciones. Cinco varas por tres derribos entre una malísima lidia. Dos pares y medio. Escudero hace una faena de alifio por la cara y mata de un pinchazo hondo, tres más yéndose fuera y tres descabellos. (Pitos.)

Cuarto. Negro. Gallito veroniquea sin reposo, intercalando dos lances con los pies juntos, que algunos jalean. Tres varas con quites de los matadores sin demasiado relieve. Tres pares. Gallito brinda en el centro, y comienza con dos pases sentado en una silla, que el poco aguante hace pintorescos. Cita al natural, y logra uno bueno en una serie movida. Pase por alto, cambios por la espalda y molinetes sin gran ajuste. La segunda parte es por la cara, de cualquier manera. Mata de una estocada. (División.)

Quinto. Negro. Se resiente de los cuartos traseros y es sustituido por uno de doña Concepción de Soto de buena lámina, rebajado de cuerna y manso. Dominguín se estira por verónicas, y en la segunda es cogido con aparato. Cinco varas y un derribo. Dos pares y dos medios pares. Dominguín muletea por bajo con precauciones, y mata de media desprendida descabellando al noveno intento. Se oyen algunos pitos.

Sexto. Negro y terciado. Escudero lancea vulgar. Cuatro varas y lidia llena de barullo. Dos pares y medio. Escudero muletea por bajo desconfiado y mata de un pinchazo y una corta. Se silba a los matadores a la salida.

Peso de los toros: 476, 420, 489, 441, 474 y 428 kilos respectivamente.

UNA SILLA ES POCO

LA mala fortuna de algunas corridas desafortunadas podemos eliminarla en el camino de vuelta, con hacerlo más lento y arrastrado de pies. Para la del domingo no valió la treta, y el cansancio, el aburrimiento pertinaz sigue pesando sobre el cuerpo adolorido a la hora de escribir. Duelen aún los ojos, el asiento, los riñones de una contrabarrera sin respaldo humano, recordando las peripecias de una mala lidia de dos horas, sin detalles a que asirse para aliviarlo.



¡Qué malo fué todo! Desde los toros hasta los toreros. Unos y otros se llevaron — nos pareció que para siempre — la alegría de la fiesta por mitades. ¡Qué gran lote de mansos los de Terrones! Salvemos al primero, deslucido por la desgana de su torero, y, con apuros, dejemos aun al cuarto como toreable. Los otros fueron, desde el manso marmolillo hasta el manso nervioso, de embestida dura, que fué el segundo. Y nada digamos del sobrero, uno más en la serie de indecorosos sustitutos que nos reserva la plaza en cuanto salen al ruedo los cabestros. Junto a eso, una pésima lidia, un herradero la puesta en varas y, ni un buen par. Ni siquiera de Duarte, que iba bien en la brega, y tiró los palos de cualquier modo. Mal los picadores, si dejamos fuera otra vez al Aldeano, a quien está reservado un jirón de alegría y buen estilo en una suerte que se va haciendo tristísima.

¿Y los espadas? Mal en

bloque y en detalle. Con decir que sólo Domingúin, capote a la espalda; Escudero, en tal verónica, y Gallito, en un solo natural, oyeron algún aplauso, todo está dicho. Frente a esa labor buena, francamente homeopática, desgana y salir del paso deslucidamente. Ni la espada de Domingúin, tan mentada, se vió por parte alguna. Entró rapidísimo, y volviendo la cara por tres veces, al segundo, y desprendió una media para descabellar infinitas veces al sobrero. Y de la gracia de Gallito, por mi negada de antiguo, dejemos — contra el mejor lote — el sacar una silla a la plaza para que sirviera de balanza en una mano el mul pase con la otra. La lidia que nos enseñó Escudero hace una semana no se vió en parte alguna, en una tarde de retorno a su peor momento. Sobre todo esto, miedo, precaución, lances movidos, ausencia de lidia, mantazos con la muleta y mal estilo de muerte en los tres. Ayer, en la arena, no hubo toros ni toreros. Sólo una silla para hacer frente a la más pavorosa irvasión de aburrimiento. No bastó, claro.

EL CACHETERO

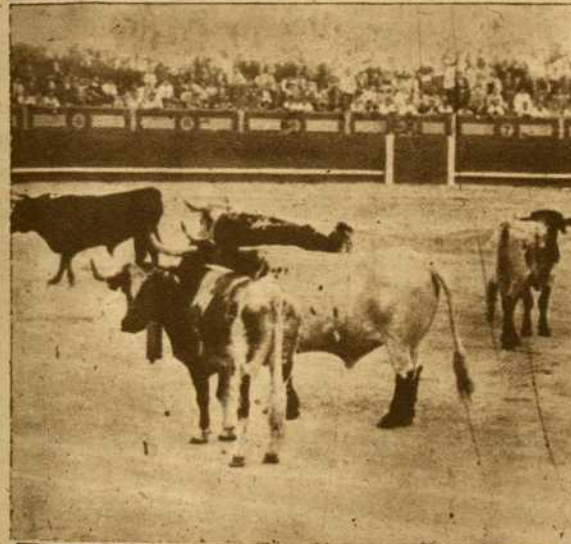


NOTA IMPORTANTE

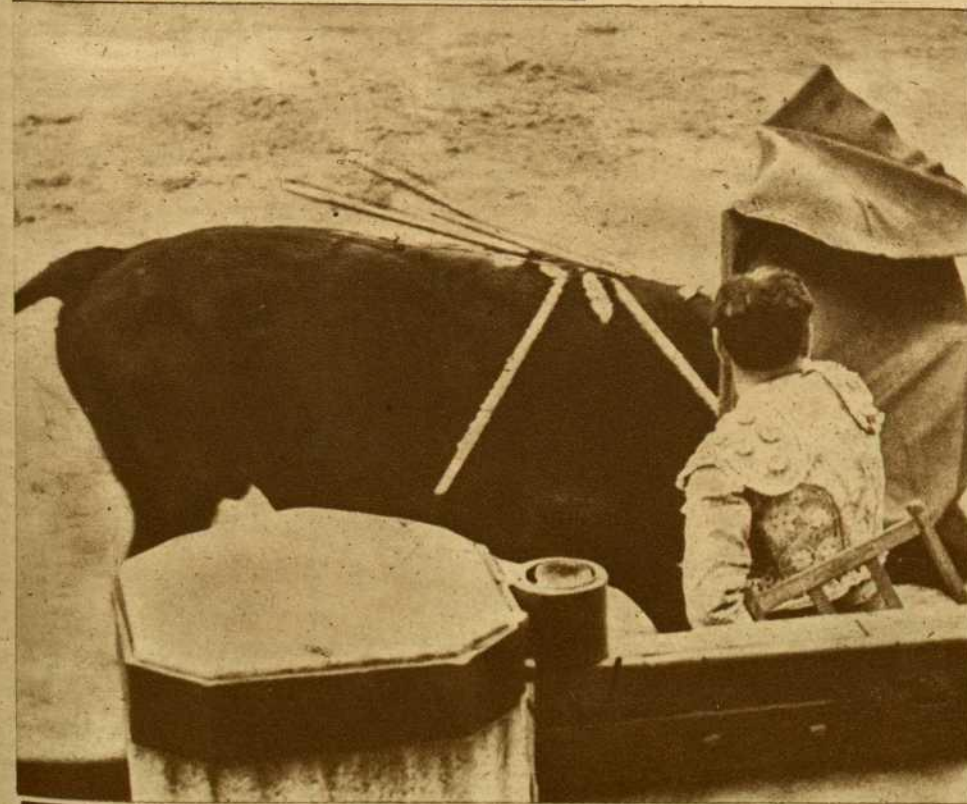
Esta revista, como afirmación y garantía del prestigio que debe rodear siempre a la Prensa taurina, desautoriza cualquier intento de intermediarios desaprensivos dirigido a convertir sus páginas en títulos negociables. EL RUEDO ruega a los profesionales del toreo o apoderados que denuncien todas las proposiciones irregulares de que tengan conocimiento a la Delegación Nacional de Prensa, Montesquiza, número 2.



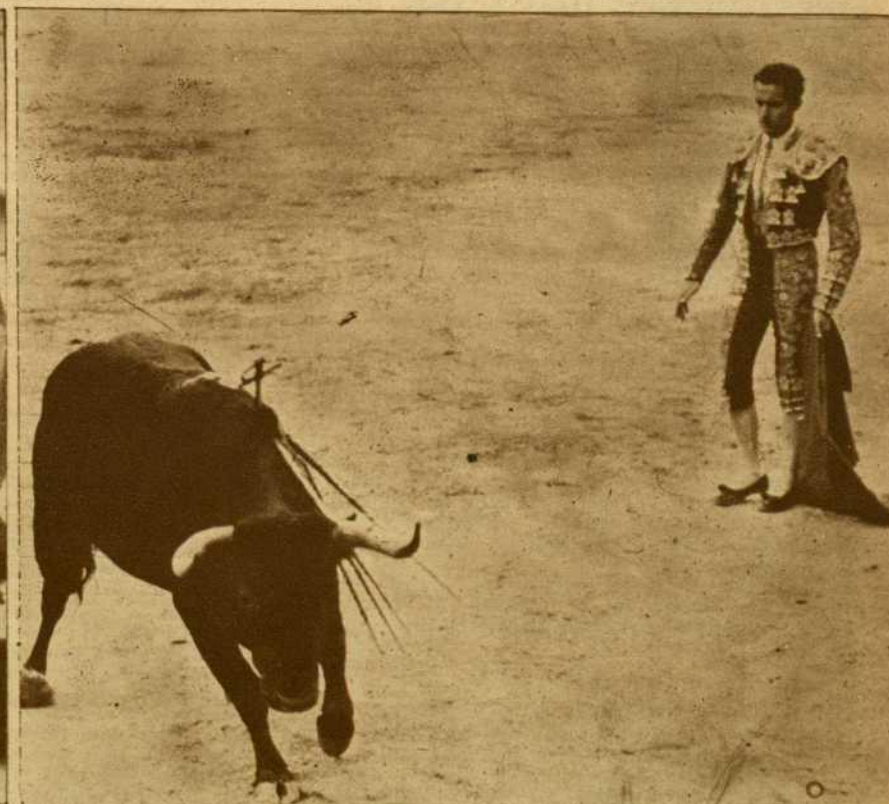
Un lance de Manolo Escudero en el tercer toro



El quinto toro, al ser retirado al corral por los mansos. — (Foto Manzano.)



Rafael Ortega comenzó la faena a su segundo sentado en una silla



Manuel Escudero viendo doblar al sexto toro de la tarde. — (Fotos Baldomero.)

FOTOGRAMAS DEL DOMINGO EN MADRID



Manolo Escudero charlando con un amigo antes de la corrida



Gallito, pensativo, en el patio de caballos



Dominguín se coloca la montura antes de hacer el paseo



En el hotel, Gallito charla con unos amigos (Fotos Manzano.)



Una vista del patio de caballos al empezar el festejo taurino

DESPUES DE LA CORRIDA HABLAN LOS TOREROS

GALLITO



Escudero

PARA no perder tiempo, mientras el mozo le va despojando la ropa de caireles, el diestro celebra una conferencia telefónica con sus familiares. Una vez concluida tan primordial tarea, Gallito, con una sugestiva locuacidad de buen meridional, nos ruega transcribamos su disculpa por la actuación de esta tarde.

—No vale engañarnos —dice Rafael— con el resultado de mi trabajo; aunque no creo haber caído

en estridencias, no ha sido halagador para las exigencias y los derechos del público. Ya vieron ustedes que los bichos no embistieron como deseamos los toreros; parecía como si estuvieran distraídos, y acudían al engaño con extremada incertidumbre. Bien pudiera ser que mi desentrenamiento —no había visto un toro desde hace mes y medio— haya influido en mi primero; en cuanto al otro, me pareció reparado de la vista; acudía por casualidad, y con esta clase de toros se tiene uno que ir para no quedarse en la cara.

La irrupción de varios amigos, entre los que reconocemos la cetrina tez de Gitanillo de Triana, pone fin a nuestra visita con el primer diestro de tanda.

DOMINGUÍN

Aquí el cortejo de visitantes nos había tomado la delantera, y para llegar a la cama donde descansaba el primogénito de la casa casi tuvimos que guardar turno. Domingo protesta por el molesto calor que le originan las compresas de agua caliente que le están colocando para rebajar la inflamación producida por el palotazo de su segundo toro.

Comenta las malogradas esperanzas que había

concebido para igualar en esta corrida los recientes éxitos obtenidos en otros ruidos. Pero el primero suyo echaba muchos hachazos, y ni aun le consintió defenderse con el estoque, ya que por la tendencia del bicho a cochar la cara arriba tuvo que insistir más veces de las que hubiera querido. En el de López Piata, si bien de menos peligrosidad, entienda que nada pudo hacer, por lo quedado y marmolillo que resultó. ¡Y ahora, a obtener cumplido desquite el próximo domingo!

Llaman desde Valencia, y todos enmudecen, anhelantes. Pepe Dominguí, primero en llegar al teléfono, nos va transmitiendo el mensaje. Se trata del "benjamín", que acaba de obtener otro ruidoso triunfo con los tres cornúpetos pasaportados, uno más esta tarde por percañe de Cirujeda.

Y con esta noticia ya nadie se ocupa en aquella casa de otra cosa que no sea pronosticar felices augurios al bravo cachorro de la dinastía Dominguí.

ESCUADERO

También el torero de Embajadores parece resentirse de una leve "caricia" de su primer enemigo, inferida al lancearlo a la verónica.

—Suele ocurrir—expone Manolo— cuando surgen toros provistos de los defectos de los de hoy, que gran parte del público se desorienta al verlos embestir de vez en cuando, sin fijarse que a los dos o tres lances los "terroncitos" estaban ya en posesión hasta del sexto sentido. ¡Qué más hubiera querido yo, sino que me hubieran salido con las condiciones posibles de bravura para cuajar en Madrid esta tarde, que tanto anhelo!



Domingo Dominguí

BANDERILLAS de fuego

Por Alfredo Marquerie

La botella-amuleto que recorre el ruedo antes de la corrida parece un galápago puesto en pie.

—¡Nombre y s'ñas de los toros! gritan los vendedores del programa. ¡Como si tuviéramos que escribir a los "bichos" una carta!

La bandera en el mástil "prueba la coartada" de los toreros que se disculpan con el aire.

Las mujeres suben las escaleras del tendido con la majestad de las reinas que ascienden al trono.



Al sonar los clarines, los "morenos" del sol se abalanzan a las localidades bajas como si hubieran tocado "ataque a la bayoneta".

Los aguacillos tienen siempre aire de picadores o, mejor, de rejoneadores fracasados, obligados a retirarse entre bastidores antes de empezar el primer acto.

Ya está en danza Gallito. ¡Qué buen bailarín se han perdido los llamados espectáculos folklóricos!

El peto herido sangra lana.

Siempre hay un espectador ingenuo que "descubre" al Maño de la voz ronca en el tendido 7.

Cambia de multa Gallito, y el "gracioso" de turno dice la frase de ritual: "Ahora pide la venenosa".

Con las banderillas de fuego, la corrida se identifica con las "fallas".

Al banderillero que se tiró de cabeza por la barrera del 6, el suelo le cornó en la nariz.

Escudero se pasa la tarde dando pasos de chotis.

Mira si está bien cuadrado el toro con ojos de sastrero que examina la caída de la prnda.

Y vacila, al tirarse a matar, como el nadador temeroso al borde del trampolín.

Al morir el tercer toro tife de sangre una plastrina. No es la dramática y fuerte impronta taurina sobre la arena. Es una mancha vulgar de matadero o carnicería.

El picador y su cabalgadura se dirriban como una estatua ecuestre "dinamitada".

Salta Gallito en el asiento de la silla como si tuviera mulles.

Y luego los mulles están en sus zapatillas.

Al presidente se le engatilla el pañuelo. ¡Cómo tarda en disparar el tiro verde!

Los cabestros fitman y rubrican en la arena para dar trabajo a los hombres de la sportilla y el castrillo.

A un torero con los pies juntos se le derriba de un coplo. ¡Que susto nos dió Dominguí!

—¡La muleta! ¡La muleta! gritaban los espectadores a Escudero al salir el último toro... ¡po que era cojo. (Está prohibido tirar almohadillas.)

El picador alarga demasiado la vara. Y el público le aconseja: "Inventa el arma secreta, el arma nueva. Y le picas desde casa."

Al acabar la corrida los niños que cogen colillas en el tendido dan a las s-fotas susto de ratones.



El Ruedo

La tercera de feria en ALGECIRAS

Con toros de Pablo Romero triunfaron VICENTE BARRERA y VICTORIANO DE LA SERNA



Victoriano de la Serna

ALGECIRAS 18. (Mencheta.) — Tercera de feria. Seis toros de Pablo Romero para Vicente Barrera, la Serna y Morenito de Talavera.

El ganado fué gordo y bueno. Se registró un llanazo imponente. Tiempo caluroso. Preside el inspector de Policía señor D. Campo y asesora el señor Tenorio.

Asistieron las autoridades españolas y del Campo de Gibraltar y distinguidas personalidades de la vecina plaza de Gibraltar en el palco del gobernador militar de la plaza. Se tributa una gran ovación a Barrera, que saluda desde los medios.

Primero.—Barrera lo recoge con el capote, le da varias verónicas entre oleas, y al final oye una gran ovación. Anotamos dos varas, la primera con caída y quitte de Barrera ovacionado. Tres pares de banderillas al primero ovacionado. Barrera empieza la faena de rodillas junto al estribo. (Oleas.) Continúa por naturales. (Ovación.) Con los dos rodillos en tierra torca muy bien. (Ovación.) Cambia de mano, y a continuación se vuelve de espaldas durante unos segundos por varias veces. (Ovación.) Cuadró y coloca una entera en todo lo alto, descabellando al primer intento. (Dos orejas, vuelta al ruedo y salida a los medios.)

Segundo.—Con temple y arte la Serna lo torca de capa, liándose a la cintura. (Palmas.) Tres varas, la primera con caída y quitte de la Serna. (Palmas.) En la segunda se rompe la pica, y el público ensa un gran escándalo al picador. Tres pares de banderillas de diferentes colores. La Serna empieza la faena de rodillas, obligando mucho y castigando. Cuadró, para un pinchazo y media, que liquida al toro. (Gran ovación al toro y pitos a la Serna.)

Tercero.—Trae bastante gas y Morenito verónica que a, escuchando una gran ovación. Dos buenas va-

ras, la primera con quite de Morenito, que se aplaude. Tres pares de banderillas. Morenito empieza dando unos naturales, y continúa castigando al bicho, que se encuentra muy difícil. Una faena de preparación para cuadrar, y se coloca media, y otra media, y descabella.

Cuarto.—Barrera y ronquea bien. (Ovación.) Tres varas, la primera de ellas con una caída al descubrirlo peligrosa, y Barrera, con gran valor, hace el quite, quedando sin capote plantado ante el toro. (Ovación.) La segunda pica se quedó clavada en el bicho, y ello dio lugar a un formidable escándalo. Tres buenos pares de banderillas. Barrera, en el centro del ruedo, castiga al toro, que se revuelve peligrosamente. Da tres formidables naturales. (Oleas.) En los terrenos del toro da otros pases de pecho, que son ovacionados. Más naturales imponentes. Una estocada en lo alto, que basta. (Pitos al toro; ovación y salida a los medios para Barrera.)

Quinto.—La Serna lo recoge con la capa. Dos varas la seguía, con quite de Barrera, que escucha una gran ovación. Dos pares y medio de banderillas, ovacionados el segundo. La Serna brinda al público, y de rodillas cita y da dos pases formidables de pecho, siguiendo con otros naturales y otro más de pecho. Queda de rodillas ante el toro vuelto de espaldas, y la Plaza en pie lo ovaciona. Los naturales se suceden y pases de otras marcas, continuamente jaleados y ovacionados. Dos pinchazos, y el toro cae vivo completamente matándolo el puntillero. (Parte del público protesta; otro sector pide la oreja, que se concede; pero en el público sigue la división de opiniones.)

Sexto.—Morenito lo recoge con la capa y oye palmas. Tres buenas varas, la primera con aparatoso caída, y quitte de todos los matadores, que es ovacionado. Morenito coge los palos y coloca tres formidables pares, que son ovacionados por el público en pie. Coge los trastos, y con la derecha da tres naturales, y a continuación, varios con



Morenito de Talavera

la izquierda, cogiendo los pitos. (Palmas.) Sigue con otros de varias marcas, para terminar con una media, y el bicho se entrega al puntillero. (Palmas.)

Peso de los toros en canal: 298, 273,500; 271,500; 313,500; 308 y 251,500 kilos, respectivamente.



Vicente Barrera

LOS HERMANOS BIENVENIDA LIDIARON TOROS de la GANADERIA DE CLAIRAC, EN OVIEDO

PEPE hizo una gran faena en el cuarto toro

OVIEDO 18 (Mencheta). — Se lidiaron seis toros de Leopoldo Clairac, para Pepe, Antonio y Angel Luis Bienvenida.

Primero. Pepe lo recibe con verónicas, que se aplaude. Tres varas y buen quite de Pepe, siendo ovacionado. Luego coloca tres pares formidables, entre ovaciones. El toro se mantiene a la defensiva y Pepe consigue sacar dos buenos molinetes y otros pases. Entra a matar dos veces y pincha en hueso, y finaliza de media la cabeza y acaba el puntillero.

Segundo. Tres varas y nada en quitte. Antonio inicia su labor con un ayudado, mojado por el viento. Liga tres naturales. Hay dos derechazos imponentes. (Ova-

ción.) Mata de un pinchazo y el descaballo. (Palmas.)

Tercero. Angel Luis verónica que ceñido (Palmas.) Tres varas. Antonio y Angel torcan al almón, y Pepe mojada en mano. (Ovación.) Los tres hermanos, ponen banderillas, jugando con el toro. Los tres son ovacionados y Angel Luis hace una faena por ayudados y de castigo, pues está el toro incierto. Media estocada, un pinchazo y un descaballo. (Silencio.)

Cuarto. Pepe da una serie de verónicas imponentes. (Ovación.) Cuatro varas. Hay un buen quite de Pepe. Tres pares de banderillas. Inicia la faena con una estatuario. (Ovación.) Liga tres naturales con la de pecho. (Nueva ovación.) Da una serie de derechazos y tres molinetes imponentes. (Más aclamaciones.) Entra a matar y agarra un pinchazo. Repite y coloca una entera. Al volver la espalda al toro para recibir las ovaciones del público, el bicho arremete y le engancha, en medio de la emoción de los espectadores; pero se levanta sin novedad, cayendo el toro desplomado. (Ovación grande, orejas, vuelta y saludos.) La faena ha sido memorable.



Pepe

En la novillada de feria de GRANADA cortó una oreja FIDEL ROSALEM, ROSALITO EL CHONI fué aplaudido en sus dos toros

Buena novillada de feria en Granada. Rosalito cortó oreja, y El Choni fué muy ovacionado.

GRANADA 18 (Mencheta). — Se celebró la novillada de feria con buena entrada.

Presiden señoras, asesoradas por el ex matador de novillos Perete. Se lidiaron seis de Hidalgo Hermanos, para Rosalito, El Choni y Parrita.

Primero. Salta al callejón. Rosalito da varios verónicas, de ellos dos buenas. Tres varas y tres buenos pares de banderillas. Rosalito muletea por alto y redondo. (Ovación.) Con la izquierda da tres naturales, y luego sigue por molinetes y manoletinas. Un pinchazo, más trasteo, y media, que mata. (Ovación, oreja y vuelta al ruedo.)



Rosalito

Segundo. Choni da cinco lances, apretándose en ellos. (Oleas y palmas.) Se repiten los aplausos al hacer el primer quite. Cuatro puyazos y dos pares en tres viajes. La faena de muletea de El Choni es muy valiente. Trastea por ayudados, molinetes, derechazos y cateduosa. (Ovación.) Estocada corta, defectuosa. (Palmas.)

Tercero. Parrita da cuatro verónicas apretadas. Tres puyazos y cuatro pares en tres viajes. El muletea de Parrita es por bajo, pues el bicho tiene la cabeza muy alta. Sigue luego por naturales y ayudados. (Palmas.) Un pinchazo hondo. Estoconazo, y descabella. (Palmas.)

Cuarto. Rosalito lo saluda con cuatro verónicas, siendo jaleado en acción de ellas. El bicho toma cuatro varas

y le colocan dos pares en tres viajes. Rosalito muletea por bajo y luego es redondo. (Oleas y música.) Se lleva al bicho al centro del ruedo y sigue la faena muy apretada. Le desama el bicho y continúa muy valiente, dando molinetes y rodillazos. Estocada caída. (Palmas a la faena.)

Quinto. Sale con mucho gas y salta al callejón. Toma tres varas y le colocan cuatro palos en tres viajes. El Choni realiza una faena de muletea por ayudados, cambiados, redondos, molinetes, derechazos, muy valiente. (Oleas y música.) Va a dar un pose cambiado y el bicho le persigue y le da un varazo en la axila izquierda. El Choni continúa, sin embargo,



El Choni

su faena, muy valiente. Mata de un pinchazo, otro hondo, y descabella al primer golpe. (Algunos piden la oreja, que no se concede, y El Choni escucha una gran ovación y da la vuelta al ruedo.)

Sexto. Tres varas y un relleno. Dos pares y mano. Parrita comienza la faena con unos derechazos muy buenos, a los que liga el de pecho. (Muchas palmas.) Continúa por naturales y, al iniciar el tercero, el toro se queda en el viaje, estando a punto de sufrir un grave percance. Sigue por redondos, manoletinas, cambiados, (Palmas y oleas.) Coloca tres pinchazos y descabella. (Palmas.)

El Choni recibió asistencia en la enfermería, al terminar la lidia del quinto toro, de un puntazo sin importancia, en la axila izquierda.

Peso del ganado: 214, 219, 190, 180, 194 y 201.



Angel Luis

Antonio torca por verónicas, distanciando. Tres varas. Se luce Pepe en un quite. Tres pares de banderillas. Antonio da dos estatuarios, soberbios. El toro no ayuda nada al diestro, y éste da tres naturales ligados a la de pecho. Dos derechazos. Antonio termina con media estocada y el descaballo.

Sexto. También este toro, al igual que los anteriores, está huido. Angel Luis da buenas verónicas. El bicho toma las varas de ríglamnto. Tres pares de banderillas. El diestro brinda al público y comienza con un ayudado. (Ovación.) Luego intenta el natural, pero el bicho no se arranca, y la faena resulta distinguida y sin emoción. Mata de dos pinchazos y el descaballo.

Al retirarse los toreros, el público ovaciona con entusiasmo a Pepe Bienvenida.

Peso de los toros: 228, 229, 270, 212, 234 y 220 kilos, respectivamente.



Antonio

Luis Redondo cortó una oreja en Albacete y Amadeo Serrano escuchó un aviso

ALBACETE (Corresponsal). — Lino completo. Cuatro novillos de don Antonio García, para Amadeo Serrano y Luis Redondo.

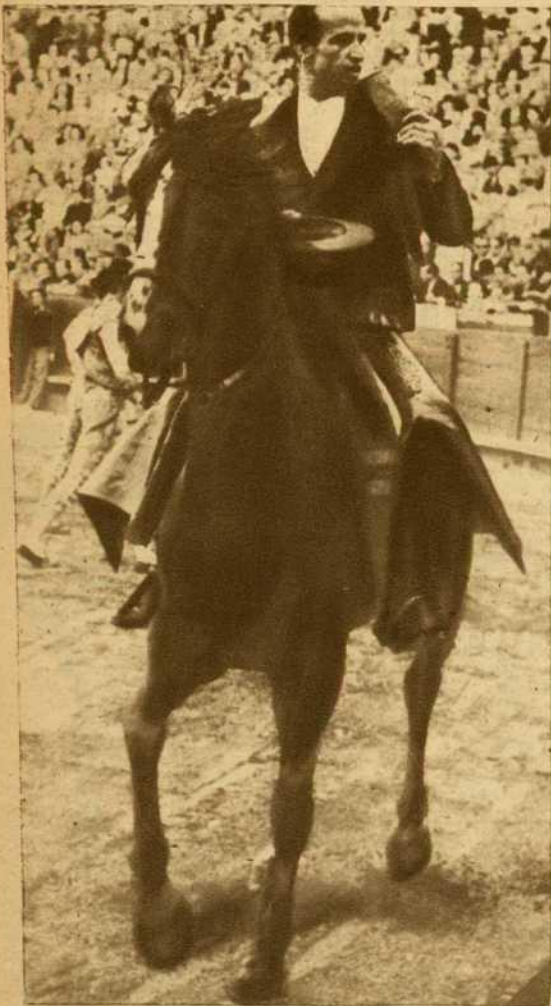
Preside el comisario de Policía señor Panadero, asesorado por el ex novillero Arenillas.

Amadeo Serrano mostóse voluntarioso en sus dos lotes. A su primero lo pasaportó de una estocada, un pinchazo y descaballo. En cambio, estuvo desgraciado con el pincho en su otro novillo. Pinchó varias veces y escuchó un aviso.

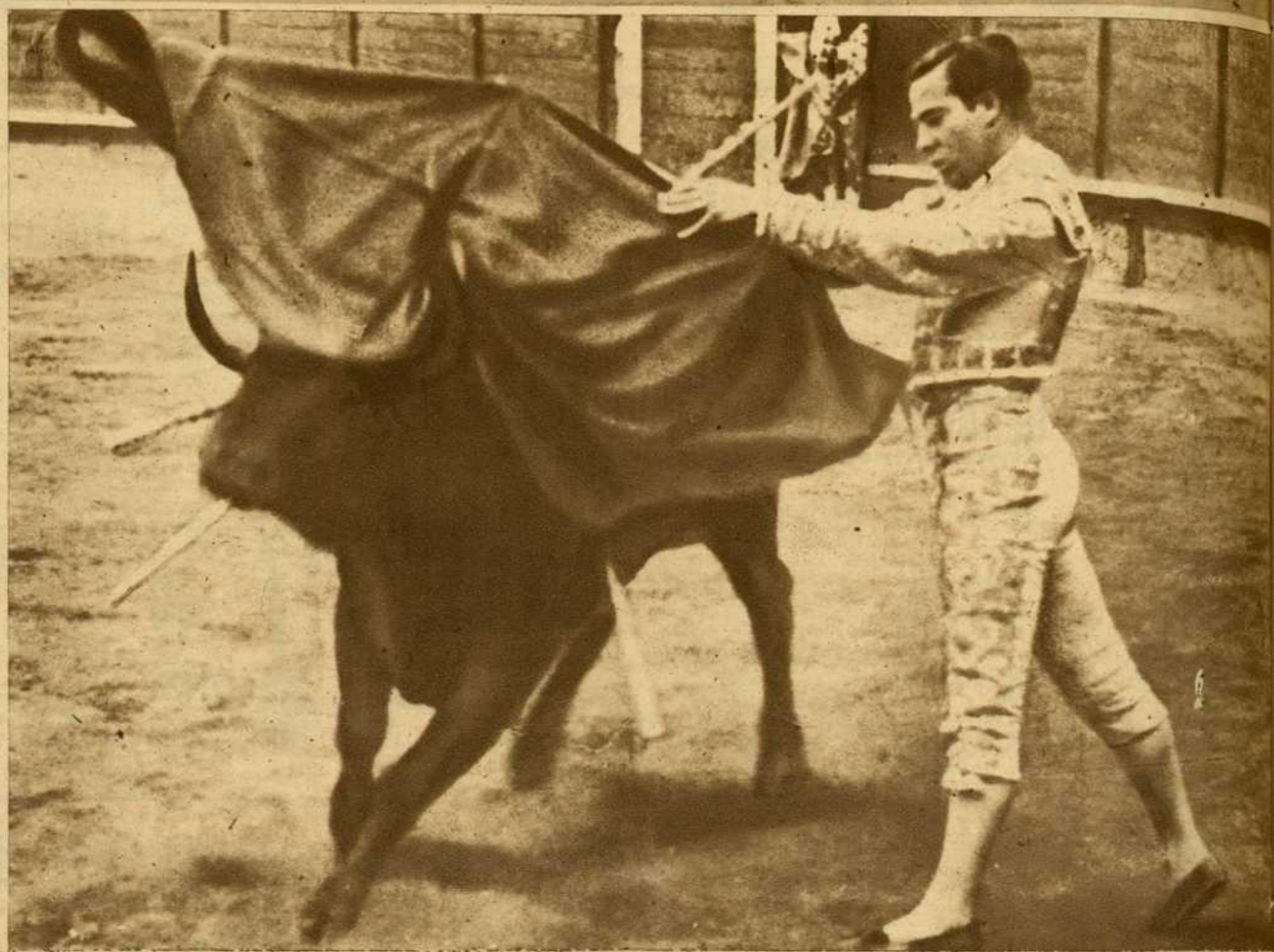
Luis Redondo alcanzó un gran triunfo. Con quietud y temple jaleó superiormente. Faena pinturera y adornada en el corrido en segundo lugar. Dos pinchazos y una entera. (Ovación, petición de oreja y vuelta triunfal.) En el que cerró plaza, Luis Redondo volvió a entusiasmar al respetable. Inició la faena con dos pases por alto con ambas rodillas en tierra. Faena inteligentemente al son de la música. Media estocada en todo lo alto. (Gran ovación, orejas, rabo y vuelta al ruedo.) Luis Redondo ha causado excelente impresión, siendo probable su nueva actuación en el caso albaceteño.

Pesos: 140, 164, 148 y 140 kilos, respectivamente.

CARTEL DE BARCELONA



Alvaro Domecq, después de la muerte de su novillo, da la vuelta al ruedo



El diestro de San Bernardo en un muletazo por alto



El rejoneador jerezano corre al toro



Pepe Luiz Vázquez toreando de capa

RESEÑA

BARCELONA 18. (De nuestro corresponsal Suvirán)—Tres tercios de entrada; tarde calurosa, con un poco de viento. A punto de hacer el paseo las cuadrillas, aparece en un palco el laureado general don Gonzalo Queipo de Llano, y la Plaza se estremece con una unánime y calurosa ovación.

Primero. Tintero; negro, como es natural; apañadito en cuerna y en carne. Don Alvaro sujeta al bicho y luego cambia de jaca y pone un magnífico rejón en todo lo alto. Siguen dos más de inmejorable factura.

Brinda un par de banderillas al camarada Correa, fallando en la ejecución. Otro, que brinda a Queipo de Llano, lo coloca en lo alto, y seguidamente le coloca otro, y al segundo rejón de muerte tumba al bicho. (Ovación.)

Segundo.—Comediante; negro, tirando a chico, pero gordo y precioso de tipo. Tres varas, una de ellas quebrada, y sólo un quite por chicuelinas de Morenito de Valencia. (Palmas y saludos.)

Tres pares, y pasa a manos de Ortega, que intenta el natural, y luego decide abreviar. Media bien puesta; pero el "pueblo" queda decepcionado y hay pita fuerte.

Tercero. Mediodía; negro, levantadillo de pitones. Lo fija con unos lances toreros Pepe Luis, que son aplaudidos. Tres pinchazos buenos y otros tantos quites valerosos, que se premian con palmas.

Pepe Luis brinda a Queipo de Llano y se encuentra con un bichejo tardo en la embestida. Se luce en un trasteo, y hay ayudados por alto, naturales, manoletinas y tocaduras de pitón. Media bien colocada y descabella. (Ovación y vuelta al círculo.)

Cuarto. Navito; negro, bragado. Chico y bizco del derecho. Cuatro varas y un refilonazo, para tres quites pintureros del maestro.

Mal pareado, Morenito de Valencia se hace cargo de él, tras de brindar a Queipo de Llano. Pone buena voluntad, y a veces está artístico: naturales, manoletinas, porfiándole mucho. Un meticasa, un estoconazo delantero hasta el puño y descabello al segundo golpe. (Ovación y vuelta al ruedo.)

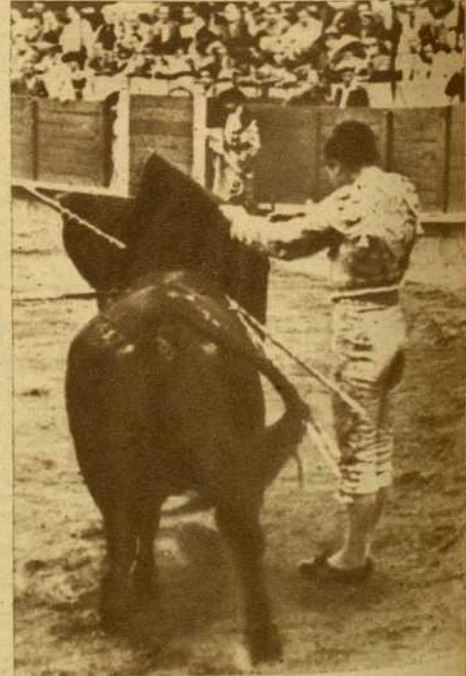
Quinto. Parrandero; pequeño. Tampoco luce muchas carnes en el lomo, pues tiene pinta de cabra. Toma cuatro varas y nada en quites. Pareado con brevedad, pasa a manos de Ortega, que ha brindado al camarada Correa, y se hace con el bicho con unos rodillazos. Surge la faena grande, con música, ovaciones y paseos de todas las marcas. Una entera, que basta. (Ovación, oreja y vuelta.) Ortega se marcha con el visto bueno de la Presidencia, por tener que coger el tren para Bilbao.

Sexto. Guantero; negro, bragado. El mayor de la tarde, con presnola de toro. Lances torerísimos de Pepe Luis. Tres varas, un quite bonito de Morenito de Valencia y tres pares, en tres segundos, de los subalternos.

Faena de cerca, poniendo mucha voluntad y buscando la igualdad. P.n. chazo hondo frente a los chiqueros, y descabello. (Muchas palmas.)

Séptimo. Ropero; pequeño, lucero. Dos varas de castigo y nada en quites. Magníficamente pareado, pasa a poder de Morenito de Valencia, que brinda a don Alvaro Domecq. Faena con naturales, gárdillas, manoletinas, poniéndolo todo el torero. Una hasta el puño, a un tiempo, que es suficiente para tumbar al morlaco. (Ovación, vuelta al ruedo, oreja y salida en hombros.)

El peso de los toros fué el siguiente: 190, 218, 245, 238, 248, 256 y 201 kilos, respectivamente.



Pepe Luiz en un pase de muleta

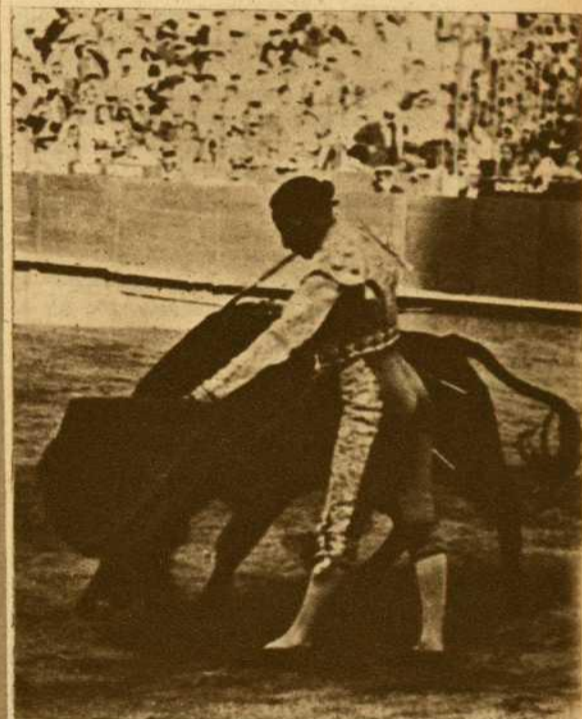
Un novillo de TERRONES para ALVARO DOMECCQ Sels toros de GALACHE para ORTEGA, PEPE LUIS VAZQUEZ y MORENITO DE VALENCIA



Domingo Ortega toreando al natural a su segundo toro



Morenito de Valencia en un pase ayudado a su primer toro



Un natural de Morenito

JUICIO CRITICO

ERA un buen cartel el del domingo, pero la Monumental no se llenó, y los pueblerinos tendidos de tablonas improvisados sobre unas puertas que ningún arquitecto revisó estaban totalmente desiertos. Inconvenientes de los precios elevados y el primer fallo, no esperado por la Empresa.

Don Alvaro Domecq toreó a caballo mucho mejor que el pasado jueves, con su luminoso y deslumbrante caracoleo campero. Y no le tocaron las palmas con tanto calor ni insistencia, ni reclamaron en el intermedio su presencia en el ruedo. Después diremos por qué.

Gris Ortega en su primero y magistral en su segundo, del que cortó la oreja. Pepe Luis Vázquez, sin ligar faenas asombrosas, nos saturó con los cánones del alegre toreo sevillano en sus dos toros, y Morenito de Valencia, el modesto que siempre da todo lo que tiene y que sirve como de "comodín" de los empresarios necesitados de un tercero para no dejar cojos los carteles, cuajó una tarde triunfal con ovaciones y vuelta al ruedo en su primero y oreja, complementada con la salida en hombros, en el cierre del festejo.

¿Verdad que no estuvo mal? No, no estuvo mal. Fue una tarde animada, de buen pasar, en la que el aburrimiento no tuvo plaza, pero...

La gente no se entusiasmó y salió un poco fría del coso taurino. ¿Qué sucedió, pues? Sencillamente que faltó uno a la cita. Don Manuel Rodríguez, natural de Córdoba y "Licenciado" en ciencia taurínica por derecho propio, por la gracia de Dios y la Constitución legendaria de Curro Cúchares.

No escribe un "manoletista" convencido, sino un viejo aficionado a quien le agrada más ver torear concienzudamente toros difíciles que no ver toros borregos de mazapán, que hemos dado en llamar "toritos de carril". ¡Cada loco con su tema!

Pero mi sinceridad profesional me obliga a proclamar que esta tarde el gran triunfador en la Monumental barcelonesa fue Manolete, a pesar de estar ausente del "segundo" ruedo de España.

No se alegró la inmensa "cazuela" porque la afición quería tener entre sus ídolos a quien hoy faltaba a la cita en ella. Esta semana no habrá discusiones acaloradas ni comparaciones que den lugar a las que se produjeron en tiempos de la inigualable temporada del "indisoluble" duelo Gallito-Belmonte.

El "maestro", que no pasó de regular en su primero, en su segundo se enmendó y se llevó una oreja en buena ley.

Bien Pepe Luis Vázquez con su ausencia torera inconfundible "Made in San Bernardo", aun cuando no ligó el nexo entre capa y estoque, y esto le privó de un corte auricular.

Y mucho mejor esa eminencia gris que se llama Morenito de Valencia en sus dos toros, pero de manera especial en el último de la tarde. El único defecto de Aurelio Puchol es el no haber nacido en Sevilla.



Ortega en un pase por alto



Domingo Ortega lanceando a su primer toro

BILBAO 18 (Mencheta).—Con la plaza casi llena se celebró la primera corrida de la Liberación. Presidió el alcalde, asesorado por Martín Agüero.

Alternaron El Estudiante, Manolete y Andalus, con toros de Villamarta.

Primero. Estudiante instrumenta dos verónicas con los pies juntos. El bicho salta la barrera. El diestro cargando la suarte, da dos lances y un redondo soberbios. (Grandes aplausos y cles.) El toro ataca con alegría al piquero. El Estudiante hace buen quite. Otro puyazo agota al toro. Se cambia el tercio y se registran tres pares buenos. Luego, El Estudiante hace una faena al hilo de las tablas y sigue por alto con otros buenos. El toro está quedado. Un pinchazo en lo alto, otro, otro, media atravesada y descabello al segundo golpe. (División de opiniones.)



Segundo. Poco después de salir salta la barrera. Manolete da lances para fijar al toro. Tres verónicas y buen remate del cordobés. Tres varas, un marrazo y dos picotazos con rasgamiento. Tres pares de banderillas. El bicho se pateo. Cuatro pases por bajo para dominar al toro. El bicho es de mucho nervio. El diestro intenta el natural, pero no da resultado. Después de unos derechazos buenos da una estocada hasta la bola, un poco ladeada, atracándose de toro y saliendo con la trisguillera. Descabella al segundo golpe. (División.) Manolete pasa a la enfermería.

Tercero. Andalus lancea superiormente y remata colosalmente. (Grandes aplausos.) El bicho toma las varas de reglamento, y El Estudiante se luce en la mariposa. Andalus brinda desde el centro del ruedo, y comienza con tres por alto soberbios. Luego saca tres naturales, que termina con uno de pecho. Continúa con otros pases superiores, clamorosos por el público y armonizados con la música. Pone el estoque en lo alto, acabando con el bicho de un descabello. (Ovación, oreja, vuelta y saludos desde el tercio.)

Cuarto. El Estudiante lancea con lucimiento y es aplaudido. Destacan verónicas y un remate cargado muy bien. Hay un quite del Estudiante, y el Andalus se luce en su turno. Sale Manolete de la enfermería, siendo aplaudido. El Estudiante brinda al público, y da tres pases por alto sin mover los pies; dos derechazos estrepitosos, que son ovacionados. Sigue por manoleteas, y toca la música. Tres naturales estrechándose enormemente. Ataca con rabia y pincha en hueso. Vuelve a entrar y cobra una corta, un poquito desprendida, que tira al toro. (Ovación, oreja, vuelta y saludos. Se retira a la enfermería.)

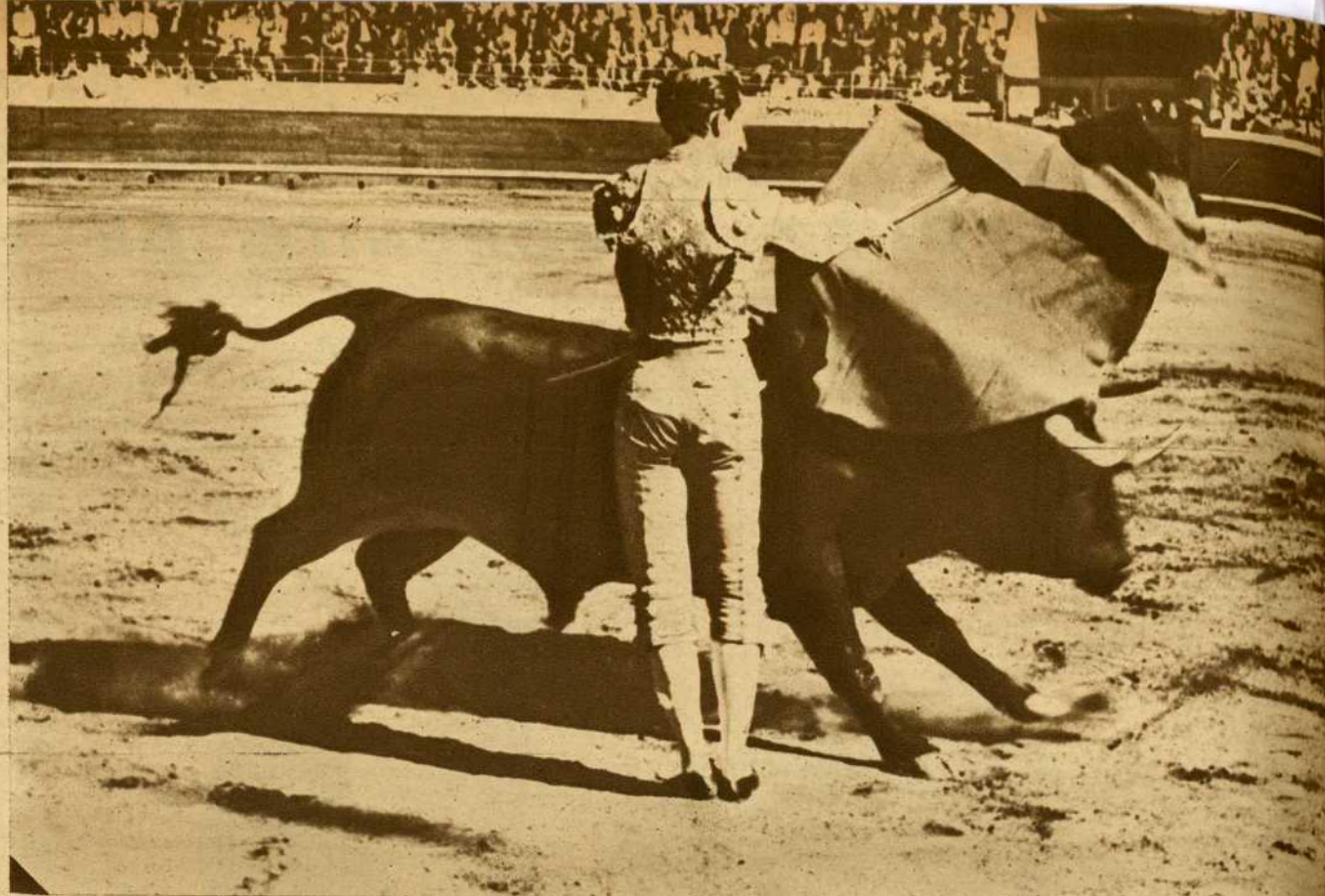
Quinto. Sale algo huido. Hay buenos lances de Manolete y un remate pinturero. Luego hay un quite colosal del mismo. Andalus también escucha palmas. Dos puyazos y tres pares. Manolete coge la muleta y da tres estatuarios con los pies clavados en la arena, naturales magníficos, manoleteas ajustadísimas y molinetes valentísimos, todo entre cles y ovaciones de clamor. Toca la música, y al igualar se tira y agarra un estoqueazo hasta la bola, saliendo derribado y pisoteado. El toro casi sin puntilla. (Ovación grande. La plaza se llena de prendas.)

También se aplaude a los otros dos matadores, que saludan.

Sexto. Sin tocarlo los pases, Andalus trata de torrearlo; pero el bicho se va. Luego da una serie de lances toreros que entusiasman. Los tres matadores acuden a un quite en una acida al descubierta. Con un puyazo se cambia el tercio, porque el bicho se cae. Tres buenos pares de rehiletes. Brinda Andalus al director general de Seguridad. Comienza con estatuarios y sigue con un natural, derechazos y mata de media algo atravesada y descabello al segundo golpe. (Ovación.)

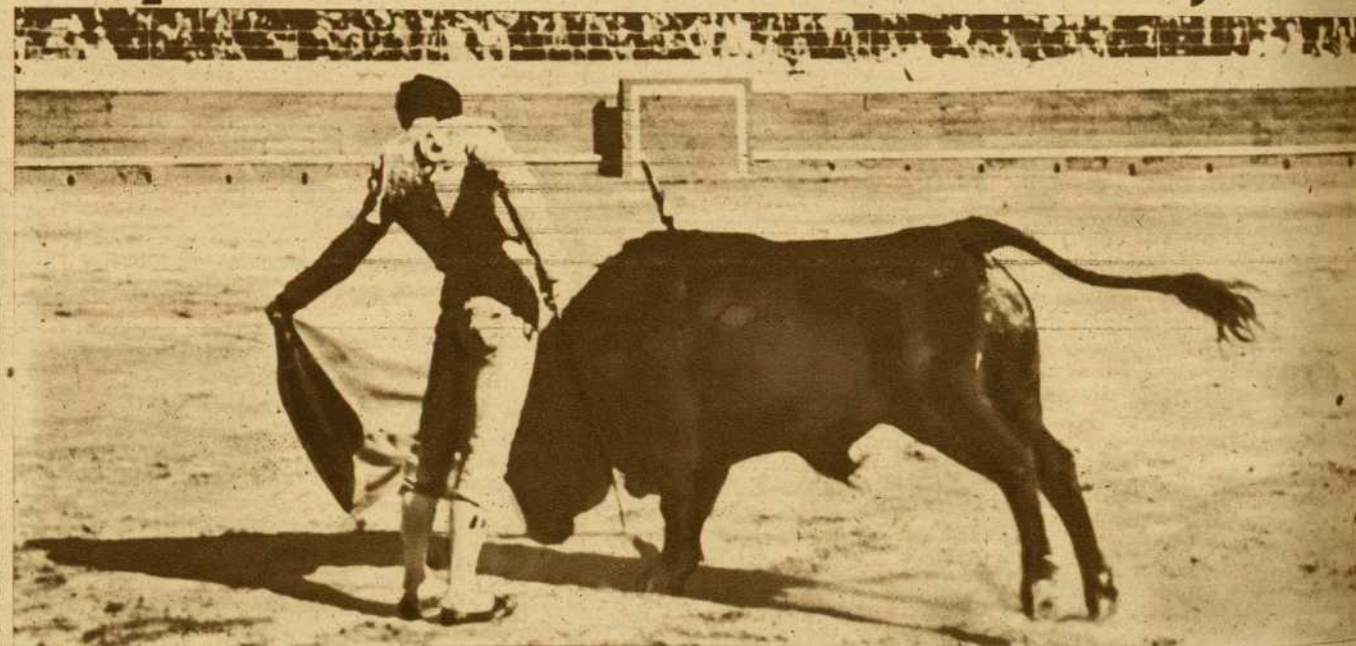


Peso de los toros en canal: 259, 268, 252, 279, 269 y 254 kilos, respectivamente.

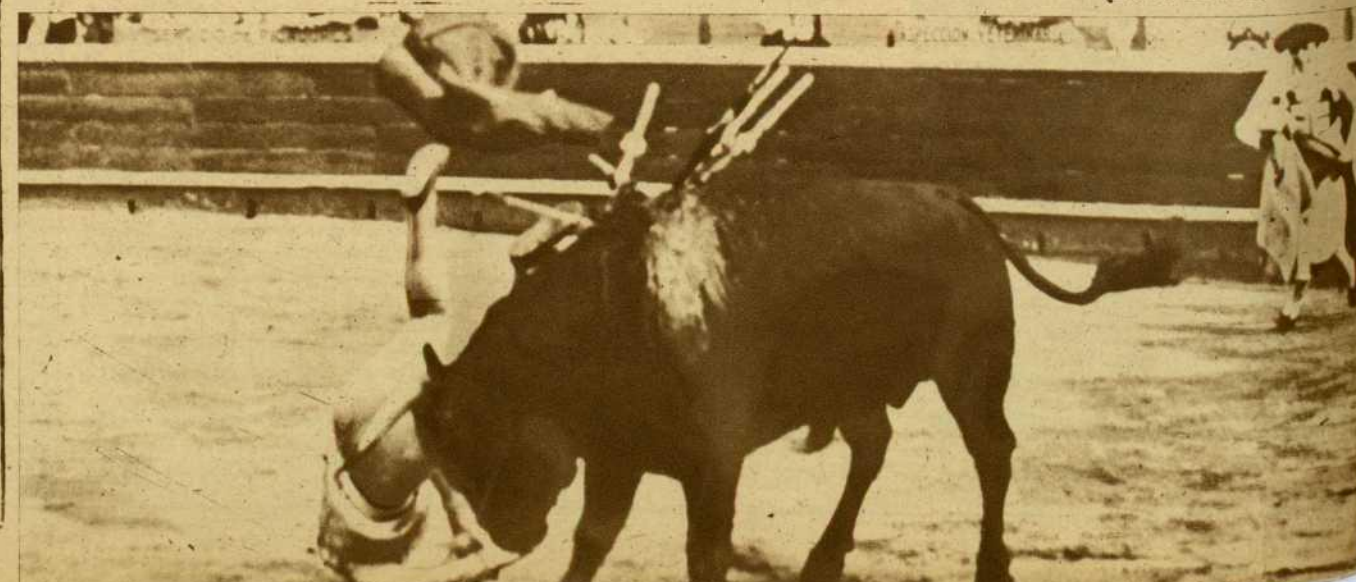


Uno de los pases estatuarios, con los pies clavados en la arena, que dió Manolete el domingo en Bilbao, en la primera corrida de las fiestas de la Liberación

EL DOMINGO, SEIS TOROS DE VILLAMARTA EL ESTUDIANTE, MANOLETE Y EL ANDALUZ cortaron orejas

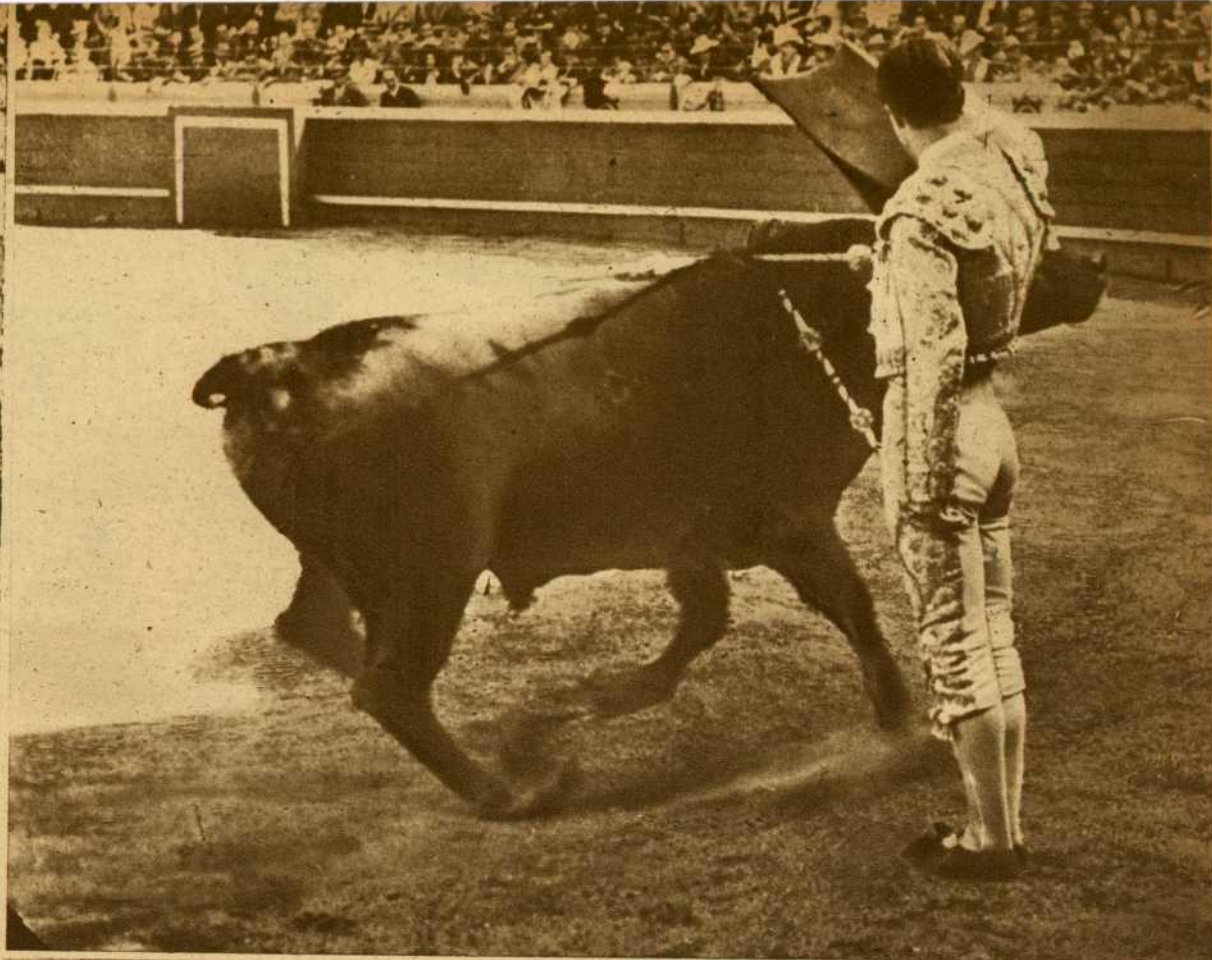


Un natural de Manolete con la izquierda durante la lidia del quinto toro, del que cortó la oreja.—Abajo: Momento de la cogida de Manolete en el quinto toro, al tirarse a matar, saliendo con un puntazo leve (Fotos Elorza.)

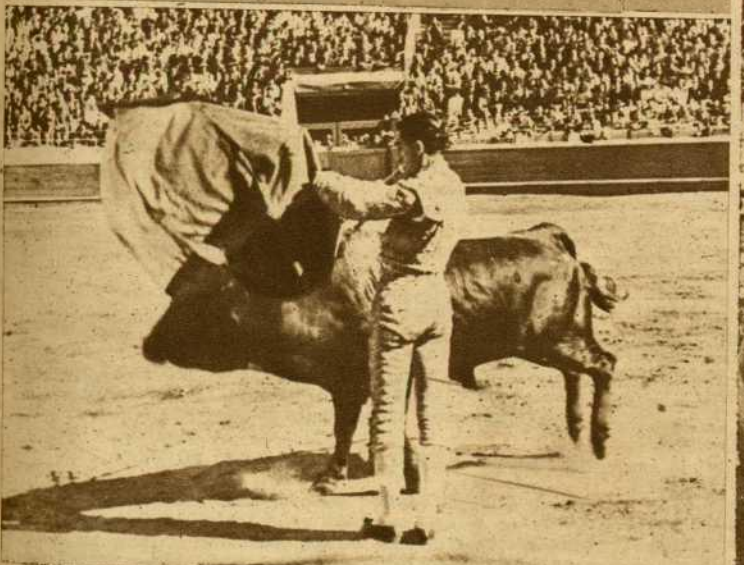




Manolete, después de la gran faena realizada en el quinto toro, saluda al público, que le ovaciona, con los trofeos conquistados en su segundo toro



Luis Gómez, El Estudiante, en el toro que fué cogido, cuarto de la tarde, en cuya lidia obtuvo un gran éxito, cortando la oreja



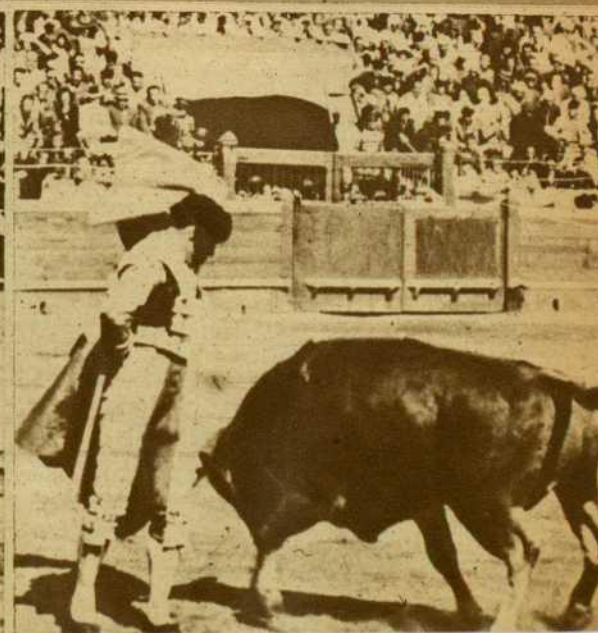
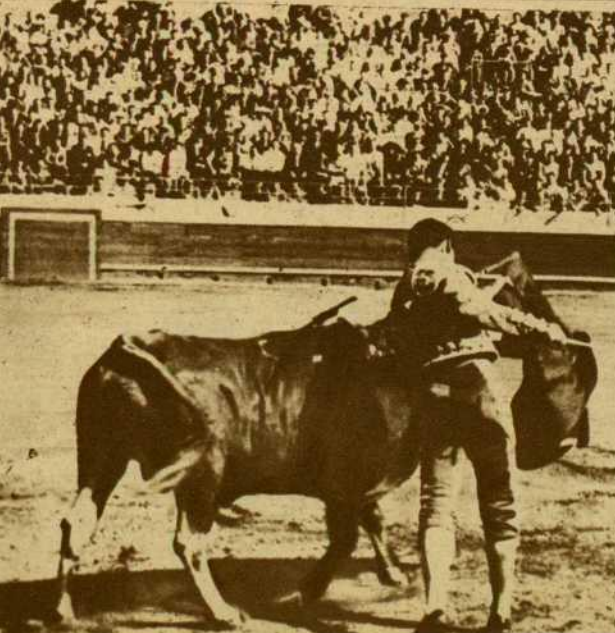
Manolete en un pase por alto al primer toro que lidió en la Plaza de Bilbao.—Abajo: El Estudiante en un pase con la derecha

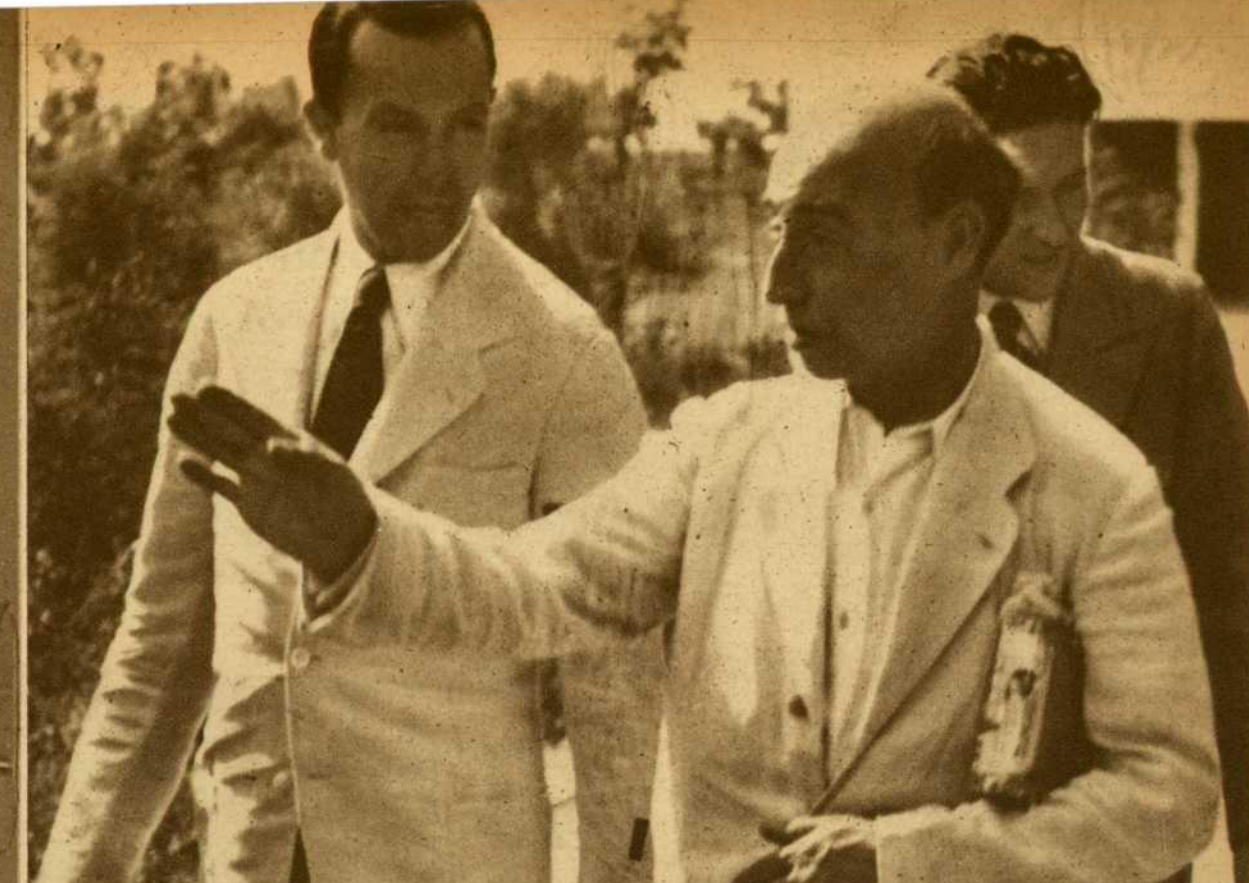
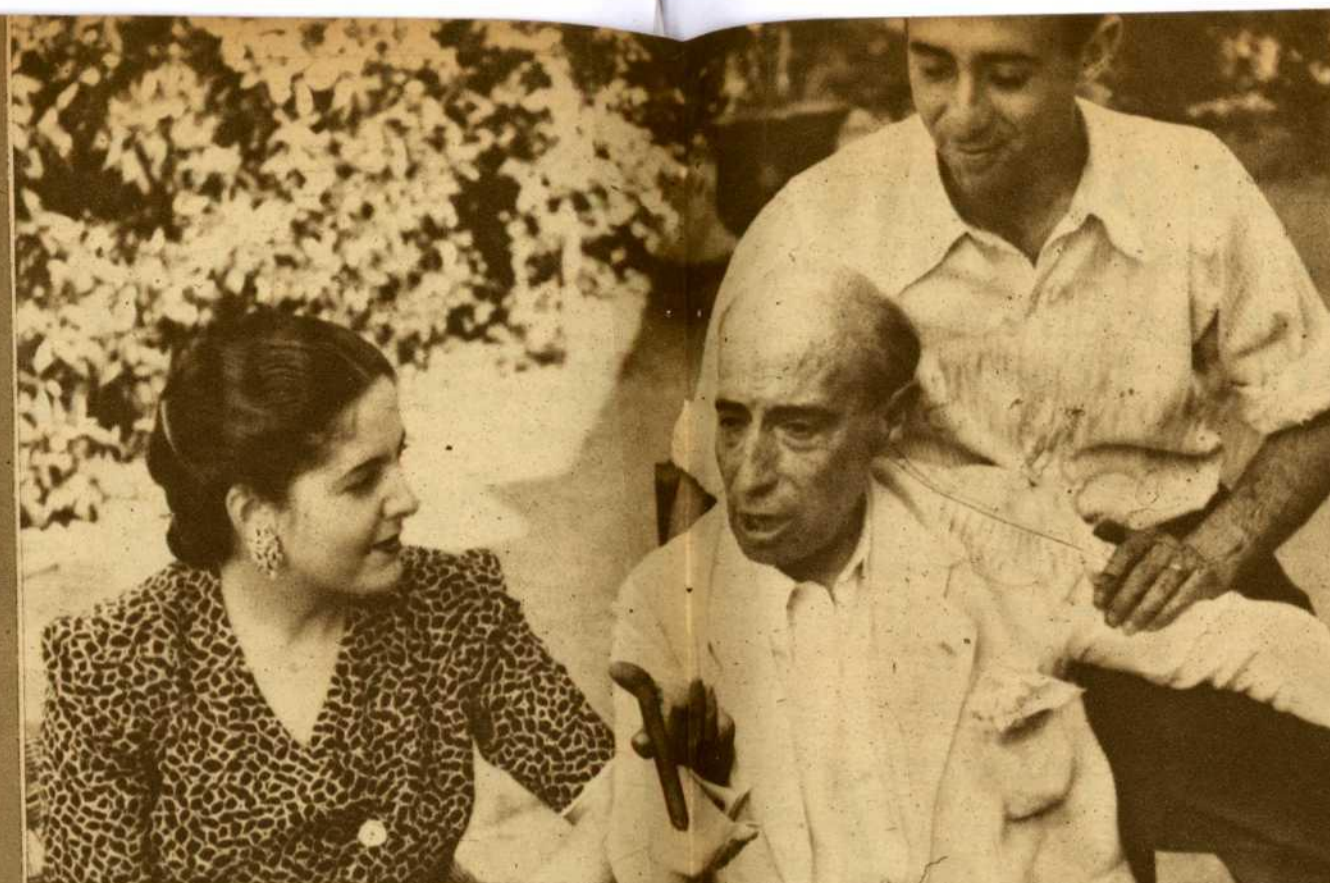
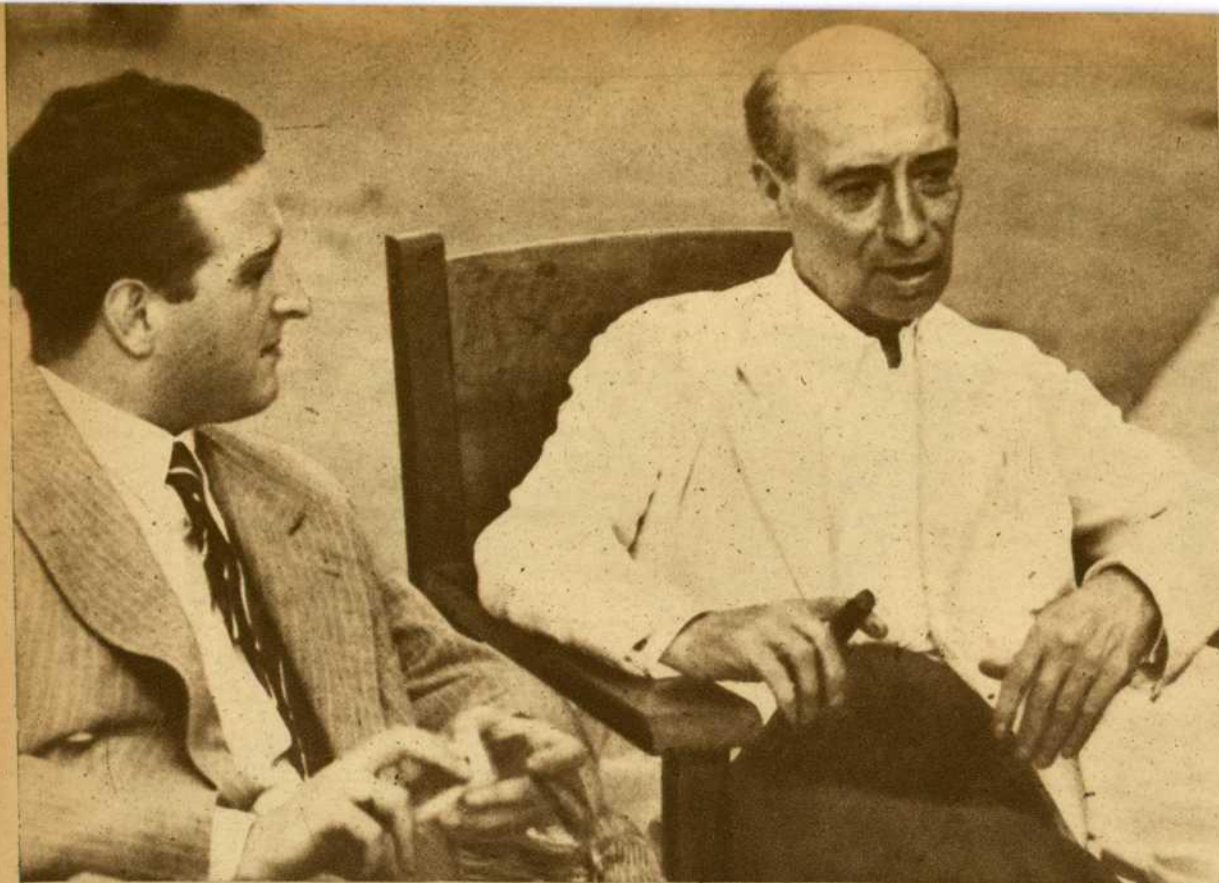


El Estudiante, con la oreja que cortó en el cuarto toro, da la vuelta al ruedo y responde a las aclamaciones del público.—Abajo: El Andaluz se ciñe en un pase con la izquierda del toro que cortó la oreja



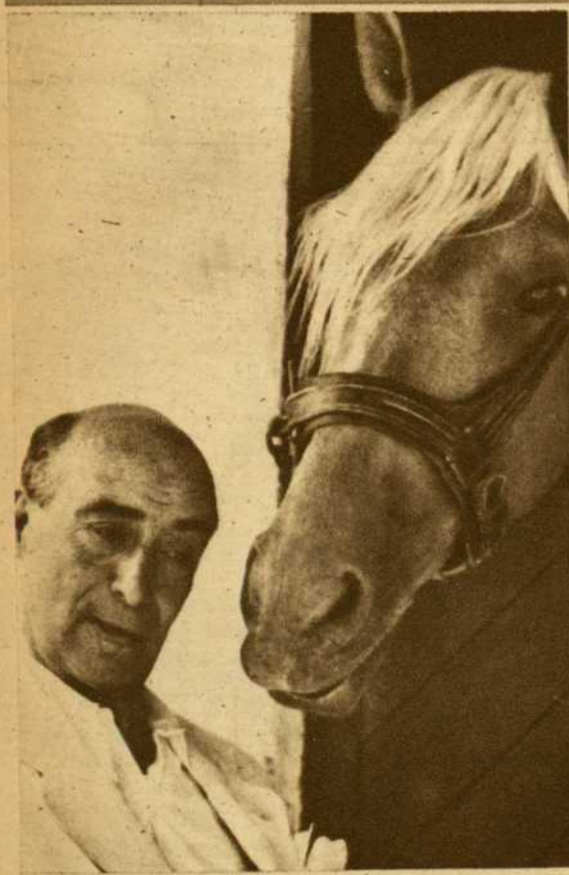
Manuel Alvarez, El Andaluz, después de ser ovacionado, sale al tercio para saludar con la oreja que cortó en su primer toro.—Abajo: Andaluz rematando un quite. (Fotos Elorza.)





Los cuarenta y cinco años de vida torera de Rafael «El Gallo»

«Gallito I» y «Gallito II», o el tío José y el señor Fernando



EL FUNDADOR DE LA DINASTIA

—Yo soy «El Gallo», aunque, en realidad, mi primer nombre de torero fué «Gallito», que éste es el apodo de la dinastía. Y con mi padre sucedió lo mismo. Primero fué «Gallito chico», después «Gallito» y más tarde «El Gallo». Y más tarde aún, el señor Fernando, prof.sor de tauro, maquia en nuestra placita de Gelves.

—Bien; pero lo que yo quería saber era el origen de los «Gallitos».

—Eso, ¡cualquiera lo averigua! Yo le puedo decir que soy el tercero de la lista, que llega ya hasta «Gallito VII», y que heredé el título de mi padre, que fué el «Gallito II». El creador de la dinastía, «Gallito I», fué el hermano de mi padre, mi tío José Gómez Ortega, banderillero de «Lagartijo», y después de mi padre.

—¿Y por qué se puso «Gallito»?

—No lo sé. Por ahí circulan diversas versiones. A lo mejor, por ponerse algo. Y vea usted qué coincidencia: mi padre llvó de banderillero a su hermano José, y yo llavé de banderillero a mi hermano Fernando.

«GALLITO I». BANDERILLERO

—¿Quiere usted que hablemos del primer «Gallito»?

—Era bastante mayor que mi padre. Cuando éste era

un chaval, ya mi tío era un banderillero con cartel. Mi padre quería ser torero y mi tío le ayudo. Ya sabrá usted que antes las carreras se hacían por sus pasos contados, y no como ahora. Pero vamos con mi tío. ¿Decía?...

—Decía usted que fué banderillero de «Lagartijo».

—Eso es. Estuvo con él muchas temporadas. Lo menos quince. Puede que fueran más. «Lagartijo» le dejó una vez que mi tío se puso malo y tuvo que atender a su salud. Le substituyó con «Torero», que era de su pueblo y que más tarde se hizo matador de toros. Dicen que entre mi tío y «Lagartijo» hubo sus más y sus menos; pero yo creo que no hubo ni tanto así. Lo que pasa es que la gente de toros siempre ha hablado mucho de los toreros. ¡De mí mismo se han dicho unas cosas!...

—De usted más que de ningún otro.

—Pues no será porque yo haya dado motivo.

—¿Rafael!

—¿Qué hay, tocayo?

—Nada. Sigamos con su tío.

—Poco más puedo decir de «Gallito I». Después entró a formar parte de la cuadrilla de un padre. Y nunca pasó de subalterno, como se dice ahora. ¡Qué palabrita! ¿Eh?

—Entonces, hablemos de «Gallito II», de su padre.

—Ahí hay que hacer paute y aparte, amigo.

MI PADRE FUE LO MEJOR DEL MUNDO

Y es que «El Gallo» guarda del señor Fernando un recuerdo en el que se une veneración, admiración, respeto y un cariño filial sin límites. Por algo él tiene en lo físico y en lo psequico muchos rasgos y detalles calcados de su progenitor. Fué el padre de Rafael un hombre más bien bajo. Sus fraaes ingenuas han pasado a los anecdotarios tauros. Y su conocimiento de los toros, que ya se había dado en «Gallito I», creció en él, como luego en Rafael y en el incommensurable Joselito.

—Mi padre fue lo mejor del mundo. ¡Cómo he querido yo a mi padre!

—A su padre, que, además, fué su maestro y su primer admirador.

—Ya mi tío José lo había dicho: «Mi hermano será gente en el torero, pero sin prisas, por sus pasos contados». Como era antes, cuando se empezaba por el principio. Por lo que yo he podido saber, de lecturas y conversaciones, mi padre pasó lo suyo. Le quisieron meter a zapatero. Pero él soñaba con los toros y fué de cortijo en tentadero y de tentadero en cortijo, haciéndose y jugándose en las capeas de los pueblos, hasta que entró en la cuadrilla de «El Gordó». Ahora, que mi padre no se conformaba con ser banderillero, cometido en el que se acreditó pronto. Hacía

el cambio de rodillas como nadie, y esto fué lo que empezó a darle nombre. Figuró más tarde en la cuadrilla de «Bocanegra», en la que también estaba el hermano de «Lagartijo», Rafael Molina. Cuando se hizo matador de toros era en los tiempos en que la lucha entre «Frasuelo» y «Lagartijo» estaba en toda su efervescencia. Bueno, pues mi padre tuvo que sostenerse en esa época, en que la afición no se inclinaba más que del lado de «Frasuelo» o del lado de «Lagartijo». Y se sostuvo.

—Eso prueba que el señor Fernando fué un torero grande.

—Torero. Usted lo ha dicho. Como que conocía a los toros en cuanto salían, con un ojo clínico que no lo ha tenido nadie más que Joselito... Claro que mi hermano José ha sido la cúspide, el milagro, el «Mesías del toro»... Pero vayamos por partes. En aquellos tiempos, «Lagartijo» y «Frasuelo» acaparaban el máximo interés. Por eso mi padre decía que todo lo que hizo en las plazas fué sostenerse derecho al lado del Prim y del O'Donnell del toro. Donde más cartel tenía era en Madrid. Toró más de cien corridas.

—¿Es verdad que era un muy amigo del empresario?

—Mucho. Como que este empresario, don Rafael Menéndez de la Vega, fué el que me sacó de pila. A mí me pusieron como a mi padrino: Rafael.

«GUERRITA». BANDERILLERO DE «EL GALLO» PADRE

—¿Y quién le dió la alternativa al señor Fernando?

—Su antiguo maestro, «Bocanegra», en Sevilla, el 16 de abril de 1876. Y en 1877, el 7 de octubre, la volvió a tomar otra vez en Sevilla, de manos de «Jaqueta».

—Pero, ¿es que tomó dos veces la alternativa?

—Así fué. Cosas de los tiempos y... de mi padre, que después de la primera alternativa siguió matando novillos, como si tal cosa. La confirmación en Madrid fué el 4 de abril de 1880, por «Currito».

«El Gallo» tiene una memoria para las fechas realmente prodigiosa. Su sobrino José Ignacio me había advertido que tuviera cuidado, no me fuera a inventar alguna. Pero son exactas. Me complace en decirlo aquí, porque tío y sobrino se acusan continuamente de ser el uno más embaustero que el otro, y porque sé que ahora Rafael podrá «mastrarse» con el certificado impreso de este periódico ante el hijo de Sánchez Mejías.

—Y diga usted, maestro, esa amistad con la Empresa de Madrid, ¿no influiría en el número de corridas torreadas por el señor Fernando en la capital de España?

—La amistad es una cosa muy buena. Pero tenga usted en cuenta que mi padre fué un torero finísimo, un torero con casta, un artista con lo suyo dentro. ¿Usted sabe lo que decía de él «Guerrita»? Pues «Guerrita», ¡casi nadie!, decía que despedía un olor a torero que mareaba. Nada más que eso.

—¿«Guerrita» fué muy amigo de su padre?

—«Guerrita», que empezó llamándose «Llaverito», fué cuatro años banderillero de mi padre y fué discípulo de mi padre, y él mismo no se recataba de decir que aprendió al lado de mi padre.

EL ESTOQUE Y LA SUERTE

—Pues siendo el señor Fernando, «el Gallo», tan buen torero como dicen...

—No me diga terminar.

—Como aseguran. Lo que pasa es que con la espada no tenía suerte. Y eso que él decía: «Al matador que no hace la cruz, se lo lleva el diablo». Claro que a él, a pesar de la espada, en la que dicen que estaba flojo, no había quien se lo llevara, porque era mucho torero mi padre y profesor.

—Usted tampoco ha tenido mucha suerte con el estoque.

—¡Hombre, eso puede que sea algo de verdad! Pero cuando yo he estado a gusto con un toro, lo he matado a placer.

—¿Y cuántos años estuvo su padre en activo como matador de toros?

—Desde 1871 hasta que se retiró en Barcelona, el 25 de octubre de 1896, echo usted la cuenta.

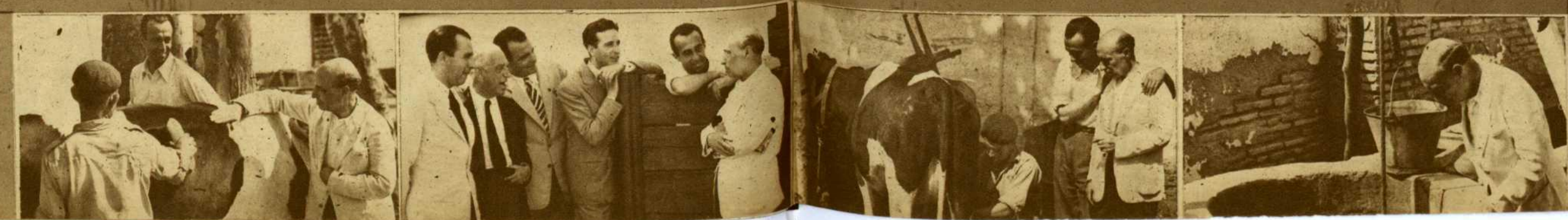
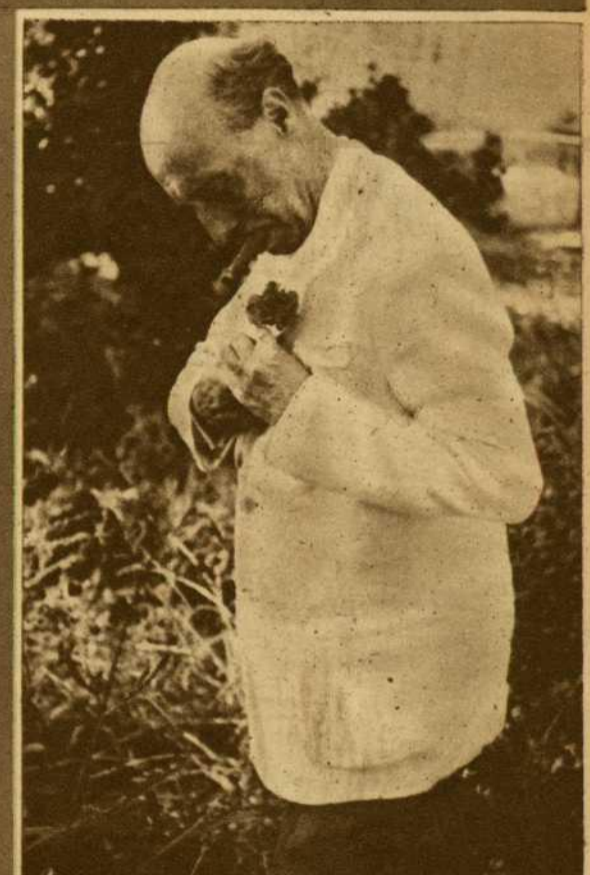
—Prefiero que la echen los lectores. Dígame, mejor, quién alternaba con él.

—Mi padre mató el primer toro, que, por cierto, como homenaje a él, fué banderilleado por «Guerrita». Los otros seis fueron estoqueados por «Guerrita», «Fuentes» y «Milnuto». Después se retiró a la huerta de Gelves. Ya antes había construido la placita para que mi hermano Fernando y yo aprendiéramos a torar. ¡Como yo me empecé en ser torero desde chiquitín!

—¿Y su padre estaba conforme?

—Hasta que se convenció de que servía, no, señor. Quería que estudiara. Pero cuando vió que tenía aptitudes, lloró de emoción y le dijo a mi madre: «Ya me puedo morir tranquilo, porque aunque yo no he podido reunir un capital para ti, mientras que nuestro hijo Rafael pueda sostener un capote en la mano, no te faltará qué comer».

RAFAEL MARTINEZ GANDIA



EL JUEVES, EN BARCELONA

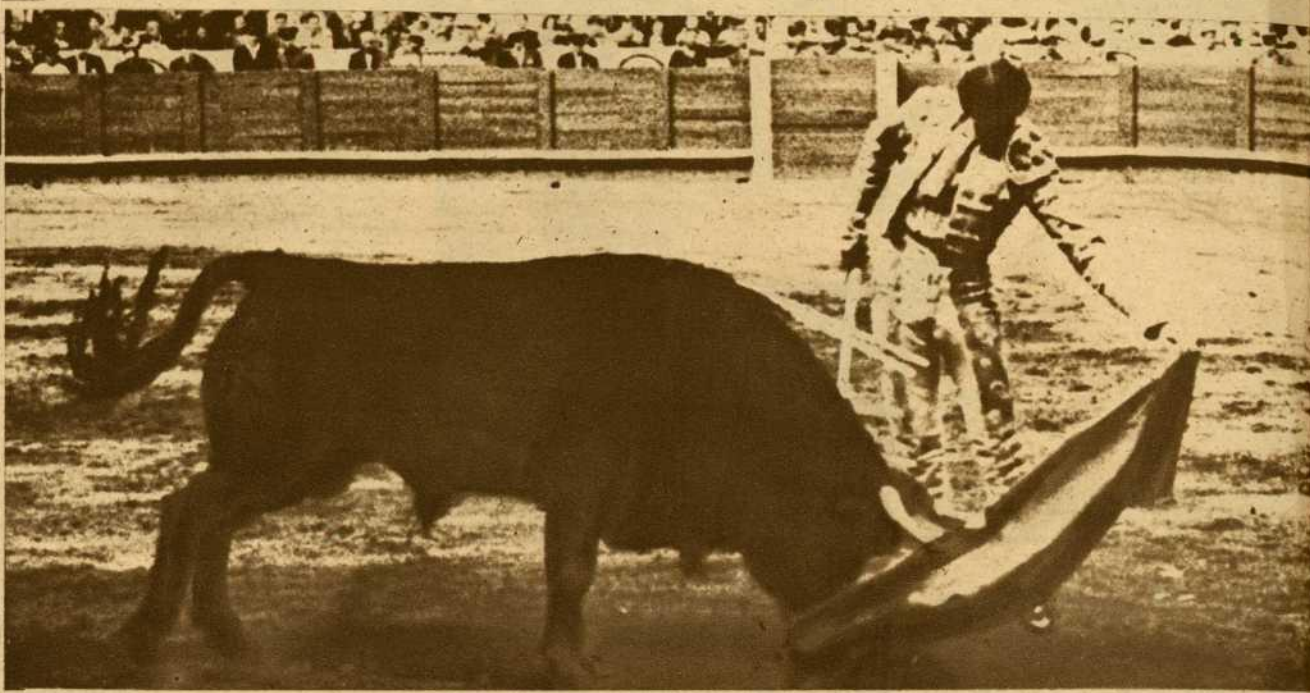
UNA GRAN TARDE DE TOROS

Un novillo de SALTILLO para ALVARO DOMECCQ

Seis toros del CONDE DE LA CORTE para
ORTEGA, MANOLETE y DOMINGUIN



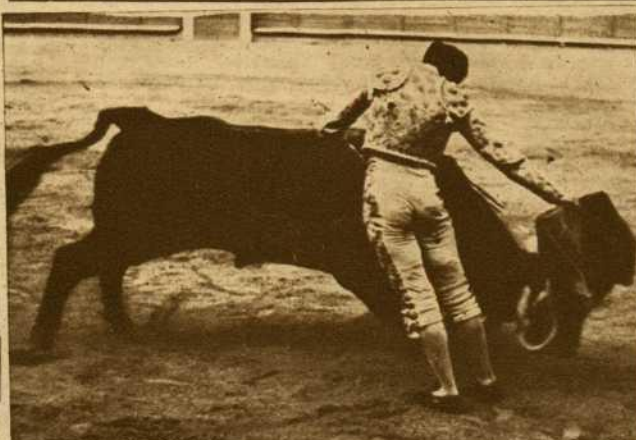
Manolete, Dominguín y Ortega antes de hacer el aseo en la corrida del jueves pasado en Barcelona



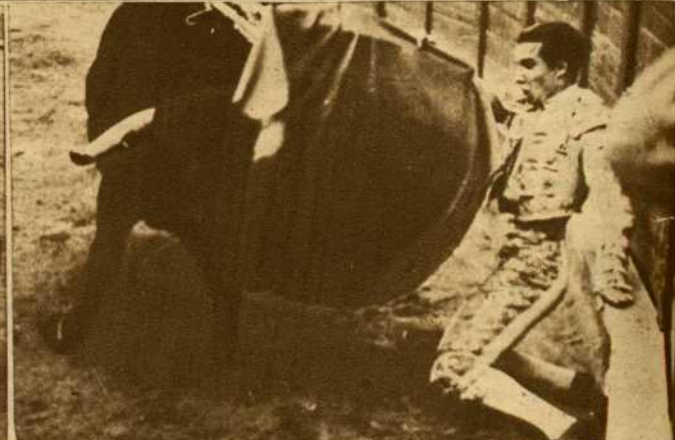
Manolete toréando al natural a su segundo toro de la corrida del jueves, en que cortó orejas



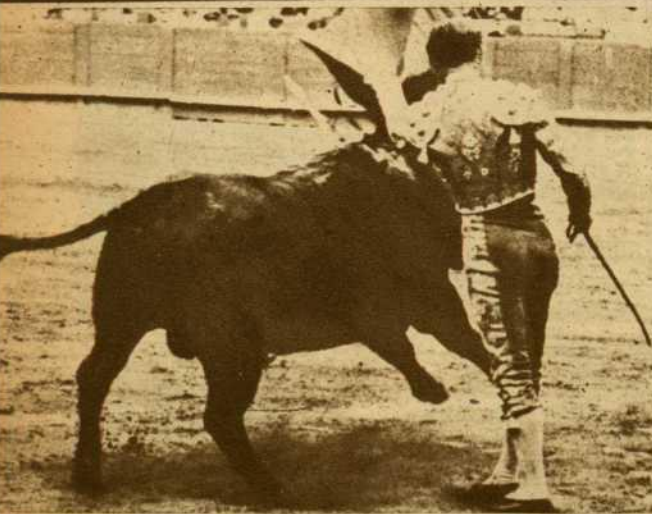
Una manoleteina del torero cordobés en el toro que obtuvo un brillante triunfo



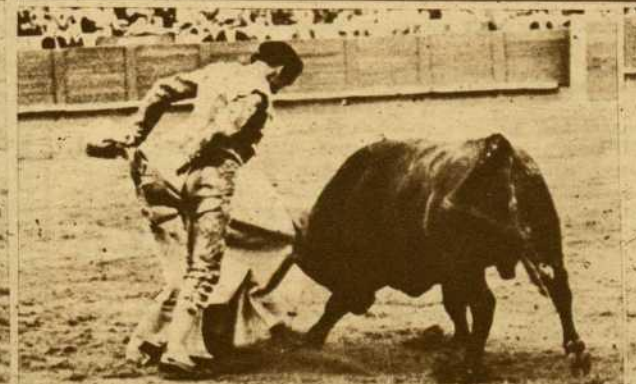
Dominguín en un derechazo



Dominguín en un pase de rodillas pegado a la barrera



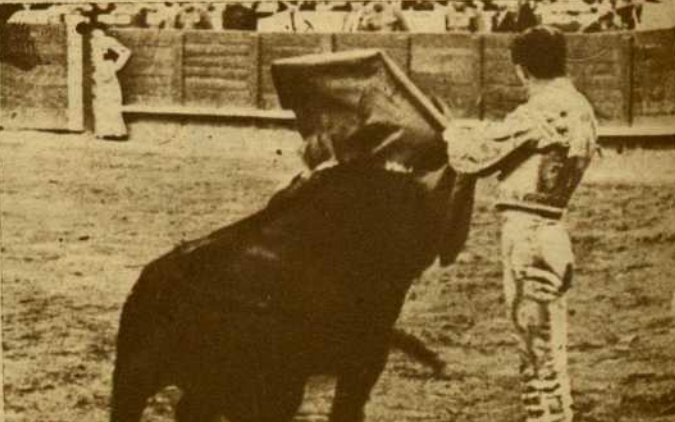
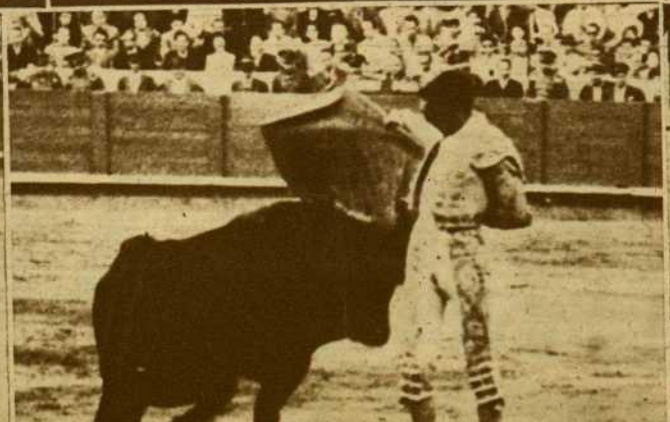
Domingo Ortega en un pase de pecho con la izquierda a su primer toro.—Abajo: Los tres matadores con el rejoneador Alvaro Domecq, dando la vuelta al ruedo



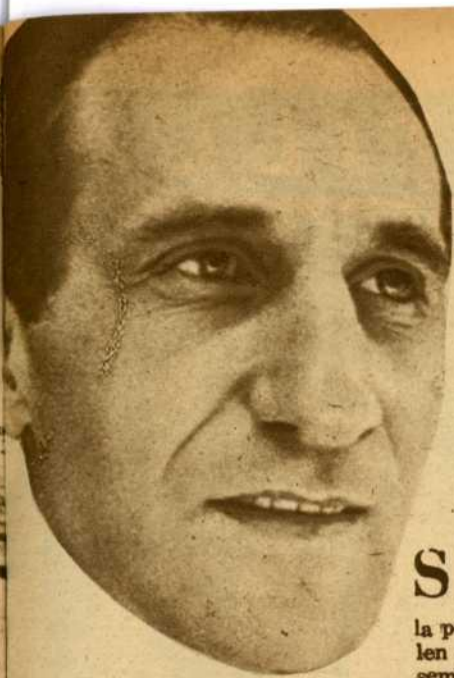
Domingo Ortega rematando un quite.—Abajo: Manolete en una ajustada manoleteina



Ortega dando un pase de pecho.—Abajo: Manolete en un estatuario. (Fotos Valls.)



Del "CARBONERITO" a don Antonio Márquez



S e ha dicho que todos aquellos que gustan de la popularidad suelen disponer de dos semblantes: uno

para el exterior, otro para la intimidad. Parece como si al salir de casa dejaran en el vestíbulo su propio estilo para reemplazarlo por "su doble", que los lleva a sonreír, hablar y estrechar las manos que les tienden con una rígida uniformidad de "tipo único".

Existen, ¡cómo no!, las naturales excepciones integradas por los rebeldes a las frases y gestos estereotipados, acomodados mejor a manifestarse francos, abiertos y espontáneos en todos los actos de su vida. Y como demostración, hoy traemos aquí a Antonio Márquez, espíritu insobornable a cuanto andarse por las ramas con viejos sofismas y almibarados juicios.

Los vigorosos trazos del "ex torero rubio" evocarán siempre una serie de finísimos matices plenos de arrogancias y gallardías, que durante más de veinte años aromaron los ruedos de España.

—Veamos, Antonio amigo, ¿cómo fué el dedicarse al toreo?

—No lo sé con verdadera precisión; tengo oído a mis padres que desde pequeño gustaba más que jugar con soldaditos de plomo de recrearme las horas muertas con los toros de cartón. Luego pasé por una agitada adolescencia; ayudé a mis padres en el modestísimo establecimiento que tenían para la venta de carbón y leña, de cuya importancia diré que cuando hacíamos una cifra de veinte pesetas de venta la considerábamos como muy halagüeña. De aquí data que en mis primeras correrías taurómacas me diera a conocer con el alias de "Carbonerito". Luego fui repartidor de telefonemas y "botones" de una peluquería, para dar en torerillo y becerrista, teniendo que pasar bastante tiempo hasta percibir mis primeros honorarios de los toros: veinticinco pesetas, que me dieron en un pueblo de la Sierra llamado Fresnedilla.

—Bien. ¿Pero no ha de negar que años después había de percibir contratos calificados entonces de fabulosos?

—La mayor cantidad que he percibido fueron cuarenta mil pesetas, en la francesa Plaza de Dax, allá por 1930. La última vez que fui a América estuve contratado a razón de los siete mil duros por corrida.

—¿De cuándo data su más emocionado recuerdo?

—La tarde del 2 de mayo de 1921, que actuaba por primera y última vez de novillero en Madrid. Creo que es la oreja que mejor he ganado.

—¿Y su recuerdo de mayor amargura?

—La cornada que me infirió un toro de la vacada de Trespalacios, toreando una feria de Vitoria. En principio, hasta los mismos médicos creyeron que sus consecuencias serían mortales.

—¿Qué motivos influyeron para que usted no volviera a torear una vez concluida nuestra guerra?

—Pues, sin duda, porque me conformo con lo que tengo. Sustento el criterio de que siempre debe salirse a torear y no a cobrar. El que verdaderamente sale a los ruedos a torear no lleva el pensamiento puesto en la parte material, aunque no es menos cierto que al encontrarse a gusto con el toro, ni los aficionados le regatean las palmas ni las Empresas los contratos.

—Evidente. Los calculadores de oficio y los que sólo viven obsesionados por el ansia de dinero nada tienen que hacer en el toreo. Vamos ahora con otra pregunta. ¿Entiende que esté pasando la fiesta por una época de decadencia?

—No es decadencia; hoy los toreros suelen estar preocupados con el pase hecho, con el lance meditado desde el hotel, en vez de preocuparse en aprender el bachillerato del toreo.

—Existe, a mi juicio, una excepción: Manolete. Le he visto torear varios toros en un terreno inverosímil y hacerlo con un arte y una precisión que nunca vi a ningún otro, incluidos los de mi época.

—Valiosa opinión, por venir de quien, como usted, mereció el calificativo de "muletero científico". Dí-



Un gran pase ayudado por alto de Antonio Márquez, en su época de matador de toros. La fotografía está hecha en Zaragoza, en corrida de la Asociación de la Prensa.

ganos ahora. ¿Justifica el veto de algunas primeras figuras contra determinadas ganaderías?

—Mire, amigo mío, vamos a ser claros: cuando yo toreaba se hacía también, pues el que podía hacerlo procuraba "aliviarse"; no es menos nuevo afirmar que el tono de los toros era de mucha mayor cuantía.

—De las figuras pretéritas, ¿cuál fué, a su juicio, la de mayor competencia?

—No fué del tiempo de Joselito, ya que él murio precisamente el mismo año que yo tomé la alternativa. No obstante, y a título de espectador, puedo decir que en capacidad, conocimiento, facultades y afición no he conocido a ningún otro que se le parezca.

—En su calidad de formidable muletero, ¿quiere decirnos si deben ser considerados como pases naturales los ejecutados con la mano derecha?

—Cuando yo toreaba se llamaba solamente pase natural al que se daba por bajo, con la mano izquierda, aunque a veces el torero lo realizara sin mucha

naturalidad precisamente. Los que se ejecutaban con la mano derecha se denominaban ayudados, por el hecho de llevar la espada en la misma mano.

—Vamos, Antonio, con la pregunta "cierre". ¿Se halla satisfecho con la posición alcanzada en la actualidad?

—Sin titubear, el ex torero madrileño concluye la conversación con estas palabras:

—En mi gran conformidad procuro hallar siempre los elementos precisos para acoger con satisfacción los destinos que la vida me depara.

El que fué en los ruedos elegante sin afectación y creador de un fino estilo de bien torear, en el que siempre el capote y la muleta fueron vivos y persuasivos atributos, bien puede ufanarse de haber llegado en el toreo a saciar su apetito de inmortalidad.

UN SEÑOR DE CASTILLA

Don ANTONIO PEREZ TABERNERO habla de los toros, su cría y su peso ayer y hoy



pero el lidiador ha desaparecido por completo" "Considero que hoy se torea mejor que nunca;



Don Antonio Pérez Tabernero, hidalgo castellano y ganadero escrupuloso

La afición está desorientada o mediatizada, mejor, por extraños prejuicios en lo que al toro—elemento fundamental de la fiesta—se refiere. Unos piden el toro grande porque creen saber, a través de referencias desvirtuadas desde su origen, que antes en las plazas españolas se lidiaban reses del tamaño de dromedarios, o poco menos. Otros se conforman con el toro terciado, porque como la pasión ha vuelto a encenderse en los tendidos desde el advenimiento de ese excepcional torero que se llama Manolete—estatua viviente del ritmo, valga la paradoja—, piensan que a menor tamaño de las reses, mayor partido y lucimiento podrán sacar a su actuación los lidiadores. En quienes depositaron su simpatía o el sentimiento de una admiración sincera, que todo cabe en esta fiesta de apasionante y extraño complejo.

Pero lo que importa es orientar al público hacia la entraña de este singular espectáculo, calidoscopio reflejante que deslumbraba, sin que la mayoría sepa discernir si la grandeza de la fiesta taurina se debe al toro o es patrimonio exclusivo del torero. Así, pues, vamos a dar de lado en esta ocasión al rebrillar de los caireles con el pro-

pósito de parar mientes en lo que consideramos piedra angular de las corridas: el toro.

Para este propósito ningún camino puede llevarme más directamente a la realidad que la conversación con un ganadero de estirpe en quien concurren todas las cualidades para ser, de verdad, un buen ganadero de reses bravas: afición, celo, largueza, buen sentido, desinterés, inteligencia...

Y he ido a ver a don Antonio Pérez Tabernero. Pérez Tabernero es al mismo tiempo cordialidad y gentileza a la antigua usanza, señorío y trato llano, como lo administraban en Castilla los hombres de rancio y recio abolengo:

—¿Y qué puedo decirle yo?

—Muchas cosas interesantes para los aficionados a la fiesta de toros.

—¿Por ejemplo?

—Qué razón existe para que estos días se hallen en Madrid tantos ganaderos...

—¡Sí, es verdad! Pero no tiene importancia. Todos los años, por esta época, coincidimos en Madrid cierto número de criadores de toros de lidia. Piense usted que es el momento en que la temporada taurina en España está en todo su apogeo, y claro...

—Se reúnen ustedes para cambiar impresiones.

—Eso es natural. Hacemos de cosas de nuestra profesión, y más que de la profesión, de esta afición nuestra al toro de lidia, que es precisamente por lo que subsiste la fiesta.

—Entonces, velando por esa afición, ¿quiere usted decirme cuál es la actitud de los ganaderos dentro de las actuales circunstancias?

—Mantener en todo lo posible las esencias de la Unión de Criadores de Toros de Lidia, que se basa en la conservación de las castas bravas, impidiendo el intrusismo de tratantes y chalanés, que son los que desvirtúan nuestros propósitos.

—¡Ya! Y desde su plano de aficionado, ¿cómo ve usted la fiesta en estos instantes?

—Mejor que nunca, a pesar de la desorientación que han pretendido llevar a los aficionados ciertos grupos de "taurinos" profesionales y un pequeño sector de Prensa, tan desorientado como esos grupos.

—¿Y usted se atreve a lanzar esta aseveración cuando estamos viendo que en casi todas las corridas se multa a los ganaderos porque sus reses no dieron el peso reglamentario?

—Es que si antes hubiera existido ese peso reglamentario, a los ganaderos se les habría multado en la misma proporción que ahora. Las discusiones respecto al peso y trapío de los toros las conozco desde que tengo uso de razón. Ya a finales de siglo, Guerrita mataba las camadas enteras de Saltillo con toros de tres años, sin que esto fuera obstáculo para que al mismo tiempo se lidiaran corridas de Colmenar con siete. Entonces, como ahora, el público llenaba las plazas donde se lidiaban utrereros por diestros de cartel y dejaba desiertas aquellas otras en que había toros viejos y toreros mediocre.

—Y disuelta la Unión de Criadores de Toros de Lidia, estarán ustedes encuadrados en el Sindicato de Ganadería, ¿verdad?

—Hasta este momento pertenecemos al Sindicato del Espectáculo.

—¿Quiere usted decirme qué razón hay para que las figuras del toreo tengan predilección por sus toros?



Trato llano, a la antigua usanza, como lo administraban en Castilla los hombres de rancio abolengo

—Supongo que obedecerá a la suerte, ya que los procedimientos de selección que yo sigo en mi ganadería difieren poco de los que emplean mis compañeros en los suyos.

—Y esos procedimientos son...

—En cuanto a las becerros, el que es frecuente. Consiste en que se arranquen repetidas veces al caballo con más o menos codicia, y ver después el temple y la bravura que tienen en capotes y muletas. En esta operación suelo desechar un 60 ó 70 por 100. En los machos, la operación es más complicada, ya que el seminal influye decididamente en el resultado de las camadas. Para evitar en lo posible las probabilidades de un fracaso, aparto todos los años ocho o diez erales y los tiendo por acoso. En esta primera selección suelo desechar la mitad, y de esa mitad, a tres o cuatro los retiento y lidio a los seis meses siguientes en la plaza de tienta, dándome por satisfecho si puedo conservar un par de esos erales que hayan llegado al caballo, capote y muleta bravos y suaves.

Después, en el cruce con un reducido número de vacas, a esperar el resultado de los productos, y si es satisfactorio, esos toros serán padres de muchas camadas.

—Y el experimento...

—Suele ser negativo algunas veces.

—¿Su opinión sobre el momento actual del toreo?

—Considero que hoy se torea mejor que nunca, pero que el lidiador ha desaparecido por completo. Casi todos los toreros torear muy bien con capote y muleta, pero se pueden contar con los dedos de una mano los que saben quitar resabios a los toros que salen con mal estilo.

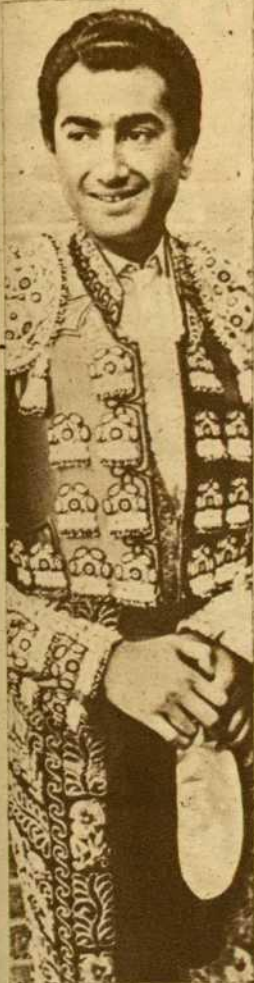
—Por ambas cosas. En mi familia han sido ganaderos cuatro generaciones.

—¿Es usted ganadero por afición o por tradición? Hago punto en esta conversación, que se me figura interesante para estos aficionados de verdadera calidad, que en las corridas de toros acaso ponen más atención en las reses que se lidian que en los tances estilistas y el efectismo de muchas faenas.

LA MONTERA BLANCA

DE

RAFAEL ALBAICIN



ESTAMOS en plena fiebre de torero. Con las notas soliviantadas de los aficionados apasionados, que no admiten de buen grado que las corridas de toros no excedan con creces a las novilladas, y de los que critican con acritud que en una Plaza como la de Madrid se prodiguen los premios en orejas cuando real y verdaderamente el acontecimiento no sea poco menos que digno de pasar a la posteridad.

Más como el ambiente lo permite y da margen para que en la temporada haya de todo, bueno y malo, histórico, anecdótico, chispeante y gracioso, y hasta sentimental, hoy

nos hacemos eco de un rumor cuyo protagonista se vincula en el torero gitano Rafael Albaicín.

El hecho se comentaba con regocijo, pero tampoco sin sus visos de que pudo ser un hecho positivo, concebida la genialidad de los artistas, y, sobre todo, la de estos gitanos, que saben echar a su profesión un bagaje bien cumplido de gracia y de personalidad. Y de tendido en tendido corría la voz de la afición asegurando que se aseguraba...

Y ahí va la anécdota, que recogemos como curiosidad, por no considerarla en más amplio concepto:

Rafael Albaicín toró hace pocos días en la Monumental de las Ventas, la primera Plaza del mundo, como la llaman los técnicos del festejo único y español. Quien le conoce me dice muy convencido que Albaicín, en su deseo de dar a su personalidad—sin jactancia, pero sí por su genialidad—un mayor relieve, tenía proyectado salir al ruedo con su impecable vestido de torero, bien combinado y lujoso y tocado con una montera blanca. Algo revolucionario, algo que los millares de hinchas de la fiesta nacional hubieran comentado con la fiebre que el aficionado a toros pone en sus conversaciones, tan bravías y rotundas como es el festejo. ¡Una montera blanca sobre la tez y cabellera de azabache! ¡Cosa de comento!

La afición taurina es tradicional. Los cambios, las posibilidades que pudiera haber de novedades se sopesan tiempo y tiempo. Si de pronto un torero se presenta en el pasillo con una montera de alto color, la impresión hubiese sido profunda. ¿Admitiría la novedad? ¿Quién lo sabe! La solera taurina no transige ni con fenómenos, ni con alardes de efecto; pero también es cierto que alguna vez han de cambiar los detalles que ahora nos parecen inamovibles.

La nota que transcribimos pudiera o no ser imaginada por el gitano Albaicín, pero nadie negará que el torero que reviste su cuerpo con el oro o la plata y los caireles negros sobre una seda rosa, combinado que denota al artista original, es bien capaz de unir a su atuendo elegante la novedad escandalosa de lucir una montera blanca, que, a buen seguro, armonizaría con la seriedad de su vestido de torero.

Y si el cronista se ocupa del detalle, ni lo hace como crítica ni para alentar la extravagancia en la recia fiesta nacional, sino para recoger un rumor, ingenuo e inofensivo, que encuadra en la figura de este torero que se llama Rafael Albaicín, prototipo del bien vestir y del saber estar ante los millares de espectadores de la mejor Plaza del mundo.

Cómo toreaba RICARDO TORRES, BOMBITA

Por ANTONIO DIAZ-CAÑABATE



Ricardo Torres, Bombita, toreando al natural



LA fotografía que acompaña estas líneas se publicó en EL RUIDO, en el extraordinario aparecido en el mes de mayo. Es un natural de Ricardo Torres, Bombita. Examinémosla con detenimiento. Estamos en época de exámenes. En las Universidades y en los Institutos, los profesores juzgan a los estudiantes, que, sentados en una silla, pasan un rato malísimo porque les han dicho en casa que de aquello depende su

porvenir. Los padres siempre exageran. Porque a un muchacho le suspenan en Derecho administrativo, no pasa nada. Sucede que en el verano el estudiante suspenso tiene que leer Derecho administrativo en lugar de una novela policíaca. Comprendo que entre un texto de don Antonio Royo Villa, novela o un relato de Edgar Wallace, es un poco más entretenido este último. Pero, bueno, total es un par de horitas al día de aburrimento, y todavía queda tiempo para los solaces veraniegos.

Examinemos esta fotografía de Bombita. Aclaro que no me tengo, ni mucho menos, por un profesor taurómico. El torero es un arte y no una ciencia, aunque haya tratadistas taurinos plúmbeos que pretenden demostrar que esto de torrear por naturales a un toro es algo así de intrincado y difícil como la tabla de logaritmos, pongo por cosa incomprensible para los profanos en matemáticas. No, nada de eso; vamos a examinar esta fotografía por las buenas, en aficionado sin pretensiones doctrinales. No olvidemos nunca que el torero es una fiesta. No olvidemos que el torero es un juego. Un juego, en ocasiones, trágico; conformes. Mas no por esto vamos a ponernos en todo momento también trágicos al juzgario. A los toros se va a pasar el rato. Vamos a pasar un ratito, usted lector y yo escritor, hablando, sin palabras demasiado trascendentales, de cómo toreaba Bombita.

Ahí está un natural suyo. Cuando vió esta fotografía un gran torero actual, dijo: "¡Qué magnífico natural! ¡Cómo va toreando ese toro!" Y en tonces, los que le escuchaban, un tanto sorprendidos reprocharon: "Pero, ¿y el compás, el encorvamiento, y lo distanciado que está, y ese brazo despidiendo al toro a un kilómetro del cuerpo?" "¡Pues, claro, naturalmente!—reargüía el gran torero actual—. Para mandar a un toro, para torrear, es preciso afirmarse bien sobre las piernas, despegar el brazo, jugar la cintura y encorvarse un tanto para cargar la suerte. Por todas estas razones, estimo que esa natural de Bombita es magnífico y puede servir de ejemplo de lo que debe ser un pase natural." Sus oyentes se quedaron un momento perplejos y silenciosos. Al fin, uno habló: "Bueno, eso está muy bien; pero, ¿y ahora? ¿Es que ahora no se torrea al natural mucho mejor que en los tiempos de Bombita?" Y el gran torero actual respondió sin titubear: "Ahora se torrea más bonito y más cerca, pero no mejor."

Yo he visto torrear a Bombita. Yo he llorado en la despedida de Bombita como torero en la Plaza de Toros de Madrid. Yo le vi cortar sus orejas maravillosas. Era yo muy jovencito. Pero esto no importa

demasiado, porque yo iba a los toros con un estupendo aficionado que vió torrear a Bombita y a Frascuelo y que juzgaba las corridas a mi lado. Y con él aprendí mucho de lo que sé de toros. Un momento. Me adelanto y digo: Es posible que yo no sepa nada de toros. Por lo menos, esto dicen los que no están conformes con mis opiniones. Muy bien, de acuerdo; no sé nada de toros, a pesar de que no me pierdo corrida desde hace treinta años; pero después de muchas horas de pensar en esto en mis ratos de ocio, que afortunadamente—y toco madera—son bastantes, he llegado a una conclusión: entender de toros, lo que se dice entender de toros, no entiende de verdad más que el toro.

Y el toro no opina porque no sabe hablar. Toreros, ganaderos, aficionados y acomodadores, hablan, chillan, argumentan, porque saben hablar; pero el que sabe lo que es torrear es el toro; que es el que sufre las consecuencias. Los demás hablamos de toros por hablar de algo, que es precisamente lo que estoy haciendo yo ahora. De manera que, sin desdeñar a mis detractores, cuyas manos beso, diré que Bombita toreaba muy bien los toros muy malos. Vamos a cuentas. Si hace uno caso a los toreros, casi ningún toro se puede torrear bien. Por una cosa muy sencilla: porque los toros tiran cornadas. ¡Ah, caramba, qué contrariedad! Pero, ¿qué van a hacer los toros, si tienen los cuernos para eso? Los tenían hasta la aparición, como criador de reses bravas, de don Antonio Pérez Tabernero. Este señor, gran nigromante de la ganadería, montó en su dehesa salmantina de San Fernando un laboratorio, y se encerró en él un día y otro, y empezó a manipular combinaciones y experimentos conducentes al fin de que los toros no tirasen cornadas, y acertó el hombre con la fórmula: creó el toro de carril, nombre impropio, pues se debería llamar el toro antonino, para la mayor gloria de todos los Antonios, entre los cuales tengo el honor de encontrarme. Y a partir del descubrimiento del toro antonino, pues todo como una seda. Como los toros ya no tiraban cornadas, en cuanto uno cualquiera se decidía a ser torero, ya todos sus hijos, pocos o muchos, eran también toreros. Y se inventó la estatua, y la chuculina, y la manoleña y demás *inas*, y ya no hay necesidad de cargar la suerte y llevar al toro torreado, porque el toro se torrea solo, se torrea a sí mismo. Todo el intríngulis de torrear consiste en ponerse junto a un toro y extirparle la muleta; el toro antonino hará lo demás. Por tanto, si ahora torease Bombita, haría el ridículo. ¿No les parece a ustedes ridículo ese su pase natural, comparado con los que se dan hoy? ¡Ah, pero es una lástima que la muleta de Bombita tape la cara del toro! Si pudiéramos contemplarla veríamos que era una cara de toro con sus cinco años cumplidos. Y don Antonio Pérez Tabernero sabe muy bien que los toros antoninos no pueden llegar a esa edad. Y no por nada, sino porque entonces tiran cornadas.

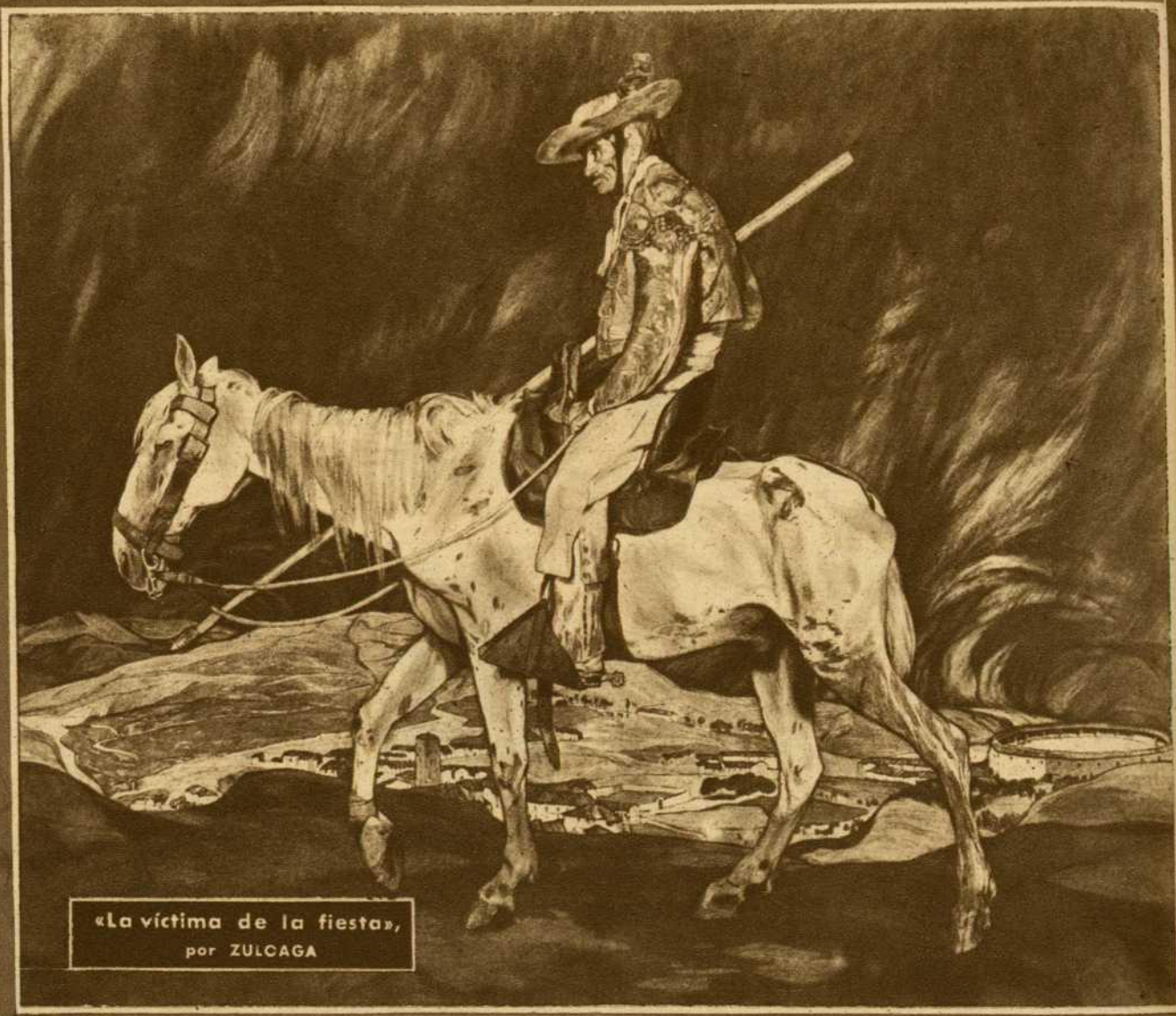
No fui bombista; pero, ¡qué quieren ustedes!, estoy conforme con la opinión del gran torero actual. A mí, ese natural me parece perfecto. Así toreaba Ricardo Torres, Bombita. Porque si no hubiera torreado así los toros de entonces, los pre-antoninos, le hubieran dado muchísimas más cornadas de las muchas que, aun así y todo, le dieron. Y no canso más.

LA SUERTE INDISPENSABLE, IMPOSIBLE Y ABSURDA

Por FELIPE SASSONE

Me refiero a la suerte de varas. Ante todo, no podré adherir un artículo literario a cuenta de ella. Es el primer inconveniente grave con que tropiezo. Porque cuando se escribe de toros y no se quiere ser digmático y parecer pedante, como ciertos críticos de antaño — recordemos a Sánchez de Neira y a Pascual Millán y llamémosles *Hache*, que también fué seudónimo famoso —, es indispensable la literatura; es decir, la mala literatura, el preciosismo disparatado, la retórica retorcida y la hipérbola superferolítica. A ningún poeta exquisito, filósofo profundo, bailarina o tenor de ópera, se le han tejido jamás ditirambos tan enredadamente deslumbradores como a algunos astros del toreo. Debe de ser porque el traje de luces — que, dicho sea de paso, desde un punto de vista estético es feísimo — pide ser cantado con palabras detonantes y luminosas como cohetes. A barroquismo, barroquismo y medio. Pero un picador es mucho más feo que un torero de a pie, y no existen palabras que embellezcan su visión: un hombre tocado con el disco de un velador de mármol sucio; brillante o negro el colete como el de un coleóptero; con dos chimeneas forradas de ante en las piernas; tarta gigantesca escarohada por arriba y de yema de huevo por abajo, y montado en la más apretada síntesis esquelética de algo que fué caballo, trotando, cuando trota sin ritmo, con un ruido indefinible de *chatarra macabra* — hierros viejos y huesos descoyuntados —, no es motivo de inspiración para un poema simbólico, decadente o ultra-dadaísta. Acaso, en último caso, pudiera ser una alegoría de la deshumanización del arte. Claro está — a veces surge el milagro — que Zuloaga hizo obra de arte con ello: me refiero al famoso cuadro del pintor famoso, y conste que estos dos famosos seguidos son una epamadíptosis, y no dos intentos de descabello, como alguien pudiera pensar; me refiero a aquel notable lienzo en que un picador, moribundo la tarde, moribundo el caballo, va por un monte, sobre la tierra parada, bajo el cielo violeta del crepúsculo, camino de no sé dónde, lleno de m-lancolla dorada y gris. Pero eso es la excepción. El caso único en que un picador, que es siempre *Sancho*, evoca la figura de *Don Quijote*.

De todo esto pudiera colegir el lector que voy a manifestarme en contra de la suerte de varas. Nada de eso, puesto que soy aficionado a toros y de las corridas me interesa más la lidia que la fiesta. Comprendo que a un poeta aristocrático y a una dama sentimental les moleste el picador. Caballero —; caballero en plaza! — sueña más alto y mejor, y tiene un aire de nobleza — casaca bordada, botas de charol brillantes, cintas y lazos, peluquín a la federica, el Abate Des Grieux, centauro dieciochesco — o un aire campesino, gallardo y bravo, netamente andaluz —; oh los "fi-uos andaluces sonoros" del poeta! —, crespas camisa abullonada, marsellés como medio fraque, amplios zahones de cuero repujado, garbero ceñido, cordobés ancho y filigranas en la botonadura de plata. Pero el caballero o mata al toro a caballo o le deja muy difícil para que lo maten a pie con muleta y estoque. Se entiende, cuando se trata de un toro, de un verdadero toro: con quinientos kilos, por lo menos, sobre las patas nerviosas; con las anillas de cuatro años por lo menos en las cepas de las astas buidas, renegridas y relucientes; con trapío y con casta. Por que a ese toro, si no lo pican, no hay quien lo mate bien con muleta y estoque. Y peor si le reñearon sin hacerle gran daño, y le banderillaron a caballo, y le danzaron en torno, porque entonces llegará al matador desmontado, con la cabeza por las nubes, poniéndose por delante y cortando el terreno. El toro ecuestre es, en el fondo, más caza que juego; pero el toro del infante es más juego que caza, y por consiguiente hay que educar, preparar y castigar al toro durante la lidia para poder jugar con él. Esto de castigarlo para que juegue parece una paradoja, porque el juego que ha de venir después del castigo conduce a la muerte; pero así son las cosas del toro, de las que nadie entiende, ni siquiera el toro, que si entendiése no se dejaría torear. Para la lidia ordinaria es indispensable la suerte de varas, porque los puyazos, cuando se dan en su sitio (un poco delanteros mejor), desangran más fácilmente al toro, hacen su embestida más lenta, sus derrotes y sus hachazos menos violentos, y, en fin, para que lo entienda quien pueda entenderlo, le templan y ahorman. A ello, a cansarle, en una palabra, contribuía en los tiempos más bárbaros, pero más taurómicos, en que los caballos no usaban peto, el hecho de que los toros pudieran enganchar al jaco y echárselo sobre los lomos y romperse con el *romanceo*. Porque hay que desengañarse: el toro grande y bravo de verdad, con casta y celo, no hay muleta que le ahorme si llega a ella sin castigo del picador. A un toro bien picado se le puede torear de muleta y matar bien inmediatamente después de la última vara, sin que medie entre todo ello la suerte de banderillas, que es de mero adorno y no sirve absolutamente para nada. Un día diremos por qué. Pero al toro grande sin picar no hay quien le mate a ley. A paso de banderillas, a media vuelta, al revuelo de un capote, al revolverse de un pase, hiriéndolo alevosamente en el *gollete*, eso sí; pero no hay quien le haga faena. En muchas ocasiones, ni aun el toro bien picado, que se ha crecido al casti-



«La víctima de la fiesta», por ZULCAGA

go y tiene noble codicia, celo y patas, consiente la faena del *paronito* y del adorno. Hay un toro, el poderoso y bravo, sin más condiciones que esas, sin ser lo que se dice un marrajo, que acaba por traer de cabeza a todos los toreros. Ya puede el diestro, exponiendo mucho y usando de todas sus facultades y de toda su destreza, citarle por el pitón contrario, cruzarse con él y doblarse, que, a pesar de todo ello, le saldrá toro por todas partes, y se ahogará de toro en la faena, y cuando crea que lo ha dominado, e interrumpa la fatigosa brega para tomarse descanso, y se vuelva al tendido para agradecer los aplausos, a la vez que para vanagloriarse de su hazaña, se encontrará, al reanudar la faena, con que el toro ha descansado también y tiene más pujanza y más brío que al principio. Entonces tendrá que matarlo *verd*, por no haberlo podido *madurar* con la muleta, y el público, que de ciertas dificultades no puede darse cuenta, aplaudirá al toro en el arrastre y abucheará al torero porque no le ofreció la faena que todos esperaban y que no se podía hacer. Por eso he dicho que la suerte de varas es indispensable.

Pero, ¿por qué resulta imposible? Pues porque no se ejecuta bien. Para la suerte de picar, que también se llama de detener, hay que ir derecho al toro, presentando el pecho del caballo, y largar el palo, y cuando se ha cogido el sitio, recoger al animal cornúpeto, y dar un paso atrás con el quino, y despedir a la fiera, por delante de la cincha del jaco, mientras el caballo vuelve hacia la izquierda. Hoy se pica al revés, cuarteando con el caballo, apoyándose en la vara para hacerlo y despidiendo al toro por las ancas, y muchas veces, antes de deshacer la reunión, el picador da vueltas en torno a la fiera, barrenando. Mientras el toro no derrote — manso con apariencias de bravo — para quitarse el palo, y parezca que se duerme besando el vientre del caballo, el picador, que tiene la obligación de detener, ha de insistir en el puyazo, y hacer oídos de mercader al griterío con que algunos aficionados le piden que deshaga una reunión imposible de deshacer sin peligro inevitable; pero es lo cierto que el picador hace los mismos oídos cuando gira en torno a la fiera, en ese lance que hoy llaman la *carica*, e insistiendo en el puyazo cuando ya han pasado el tiempo y la ocasión de la suerte verdadera. Todo esto, porque cuando el picador no puede picar bien — y no pocas veces la culpa es del caballo —, pica mal, con tal de picar, pues le importa herir y castigar al toro, y no por ferocidad de su instinto ni odio contra el animal, sino por obediencia al matador, que le paga para eso. De ello resulta que hay muchos picadores con cabeza de chorlito; pero hay muchos también que son cabeza de toro, y si a buen entendedor con media palabra le basta, ya van siendo muchas las que llevo gastadas.

Ya veo que no puedo insistir en el tema. A mí, que jamás pude comerme la perdiz que maté ni el pollo que llegó vivo a mi casa, no se me alcanza ir a la plaza de toros llevando en el ánimo mi sentimentalismo. Porque, dispuesto a sentirme compasivo, tendría que compadecer, ante todo y por encima de todo, al toro, que es el único para quien las corridas significan un martirio inevitable y seguro. Y como soy muy buen amigo de muchos toreros...

PANDERETA TAURINA DEL NOVECIENTOS

Por EMILIO CARRERE



Al comenzar el siglo aun flotaba en el aura popular el romance del Espartero. Lo cantaban los ciegos, al anochecido, en Antón Martín, la plazuela madrileña, jaranera y luminosa. Al Espartero le había matado un toro el año 1894; pero el ritmo de su elegía torera, con su redoble octosilabo de marcha fúnebre, no se había extinguido todavía.

*De verde y oro vestía
el simpático torero
llamado Manuel García...
y de apodo El Espartero.*

El día de Todos los Santos iba "la Afición" madrileña a visitar la tumba de otro torero muerto en la plaza. En un patio romántico de la Sacramental de San Lorenzo estaba la sepultura de Dominguín. Llegaban unos hombres con negro sombrero cordobés y "persianas" relucientes sobre el rostro moreno, y alguna mujer con un velo enlutado desde el moño

alto hasta la punta del pie, que se asomaba bajo el volante escarolado de la falda de cola. Eran como versos sueltos del romance de "Dominguín", que no escribió ningún poeta, pero que "lo vivió" con el corazón "la Afición" madrileña. La que iba a llevar flores al camposanto romántico, cuyos negros cipreses se reflejan en el Manzanares.

En el novecientos ya no toreaba Lagartijo ni el Guerra. Con la retirada de los Rafaelés, la pandereta taurina palideció. Acaso la figura más interesante era Mazzantini—don Luis Mazzantini le llamaban, porque era como un caballero clásico español del XVII enamorado de la musa torera—. Cuando don Luis se alejó de este amor radiante y trágico que sonríe a la gloria y a la fortuna desde el anillo, renunció a la leyenda. Se metió en la política, ¿para qué? Un torero debe mantener siempre el airón de su torería. El romance del Espartero es "su leyenda"—escrita con sangre y sol—, y por eso perdura en el recuerdo:

*Ocho caballos llevaba
el coche del Espartero.
Ocho caballos llevaba;
todos llevaban plumero.*

La torería no es un oficio. Es una vocación de gloria y tragedia que llena toda una vida. Desde la primera vez que se extiende la amapola del capote hay que aceptar la posibilidad de morir en la plaza jugándose el corazón al albur del Destino. Pero en un solo encontronazo varonil con la suerte se conquista, en plena juventud, la fama, el dinero y la admiración de las mujeres. Vale la pena.

El Madrid del novecientos aun tenía pinturería y sabor. En la calle de Sevilla, lonja de la tauromaquia y de Talía, se veía a los toreros con chaquetilla corta y cordobés. Algún veterano banderillero, con el calañés redondo, como una figura del romance de Luis Candelas. Donde hoy está el Banco Hispano-Americano estaba el despacho de billetes de los toros. Los "espadas" no desafiaban hacer tertulia con la gente de su cuadrilla y con sus amigos los aristócratas—campechanía tradicional desde el XVIII de las duquesas manolas—ante los veladores del Inglés, el café joyante que era una estampa de "La Lidia".

La calle de Alcalá era—como debía seguir siendo—una prolongación de la vieja plaza, que entonces era flamante. Total, una colección de viñetas taurinas de cinco lustros. Ir a los toros era una cosa solemne. Los madrileños barriobajeros iban procesionalmente, con mucha anticipación. La tarde fulgía y la calle de Alcalá reverberaba. El café de Fornos multiplicaba en sus espejos los redondeles de plata de los sombreros cordobeses. El humo del tabaco habano se mezclaba al denso olor de la achicoria, del que estaba impregnado cualquier madrileño castizo. En la calle, refulgente, se oía el alegre chasquido de los látigos de los mayores y los cascabeles de las colleras: "¡A la plaza! ¡A la plaza!" El aire estaba perfumado de mujeres hermosas envueltas en la mantilla blanca o en los mantones de chinos y cármenes de seda. ¡Quién se hubiera atrevido a vaticinar a "la Afición" de fin del siglo que algún día, por la paradoja del progreso, iría la gente a los toros en el Metro!

Los nombres de los toreros famosos tenían retronombres barrocos de cairel. Los toreros que sentían el orgullo de su coleta. Machaquito—con el sortilegio de llamarse también Rafael—, Antonio Fuentes, Emilio Torres (El Bomba), Bonarillo, Conejito, Litri, Montes y tantos otros machos negros y brancos. La pechera rizada era un relámpago de espuma junto al cuello oscuro del gladiador. Los que luchaban cara a cara con un toro, que era como el símbolo de una vida dura. "¡Más cornadas da el hambre!", ha dicho El Espartero. Perfiles de litografía de Perea, cromó de caja de cerillas con un contraste brusco de colorines. Futuros héroes de romance popular, como el de Manuel García, cuyo nombre repetían las mocitas de barrios bajos que soñaban con ser la novia del matador. Los nombres que encendían de locura y de audacia—como pólvora en la sangre—a los "espontáneos", que esperaban a que llegase el domingo para tirarse al ruedo, con la blusa menestral de Vicente Pastor como capote. El romance bárbaro y juncal de la torería, con amapolas de muerte y azucenas del altarito de la novia del torero. En aquella época de fin de siglo había un gran nombre de lidiador que resonaba entre un crujido de crócalos y un ritmo de sevillana sandunguera entre los azahares del barrio de Santa Cruz:

*La novia de Reverte
tiene un pañuelo,
con cuatro picadores
y un toro en medio.*

Pandereta de bronce gitano, de la que se fuga el picador Badila, con sombrero de copa, para asistir a las funciones de gala del Real.





AÑO XIX

NÚMERO 5

LA BOLA

REVISTA TAURINA ILUSTRADA

Administración: Calle del Arenal, 27. — Madrid.

PRECIOS PARA LA VENTA	PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN	NÚMEROS ATRASADOS
25 núms. ordinarios..... Ptas. 2,50	Madrid: trimestre:..... Ptas. 2,50	Ordinario..... Ptas. 0,25
25 » extraordinarios. » 5	Provincias: » » 3	Extraordinario..... » 0,50
	Extranjero: año..... » 15	

Quedan reservados todos los derechos de reproducción.

Numero ordinario.

MADRID: Lunes 14 de Mayo de 1900.

¡ Precio: 15 céntimos.

«MURUVIANA»

LA REGENERACIÓN DEL TOREO

Es la monomanía de actualidad, la de regenerarnos; y va resultando tan ridícula, como la pretensión de regenerar a un enfermo atacado de una dolencia incurable. Podrá éste tener sus momentos de mayor ó menor expansión, de más ó menos molestias, pero al cabo llegará el fin inevitable, el aniquilamiento de la materia, de antemano previsto; ya que la era de los milagros transcurrió desgraciadamente para no volver, luengos años atrás.

Así estamos nosotros, para satisfacción propia y *jonjana* ajena, al terminar un siglo que comenzamos con la magnitud de un gigante, y acabamos con la insignificancia de un pigmeo. En nuestra epidermis social se dibujaron algunas manchas violáceas, de las que, como de otras muchas cosas, ni nos preocupamos siquiera; las manchas se extendieron, adquiriendo carácter gangrenoso; invadieron miembros principales, que sufrieron la correspondiente amputación, pero sin extirpar el *virus* corrompido que sigue avanzando; y después de la amputación, se nos ocurre regenerar un cuerpo viciado y mutilado. Si el remedio tardío no nos arrancase lágrimas de sangre del corazón, nos arrancaría de los labios una carcajada homérica la farsa soez y repugnante.

Cada vez que intentamos un *pinilo* en eso de la regeneración (¿quién sería el *guasón* que se acordó en mal hora de la palabreja?), nos hundimos un poquito más en el pantano en que estamos metidos, hasta que el fango nos llegue al cuello y nos produzca la asfixia. La frase, indudablemente, es de mala sombra en estas circunstancias, y convendría sustituirla por la antitética de degeneración, á ver si de esa manera conseguimos el efecto contrario.

¿Que qué tiene que ver el toreo con el estado social del país, y que por qué no ha de sustraerse á su régimen político? ¡Bobada! Cuando Dios da, da para todos y para todo; y no iba á ser la tauromaquia el sólo y afortunado cabo que saliese fácil y boyante de la enmarañada madeja. Hace algunos años venimos hablando del arte falsificado, de los toros adulterados, de los sueldos exagerados y de los públicos embaucados. Se amputa voluntariamente el miembro que al parecer contiene los gérmenes de la dañosa enfermedad taurina, y empieza la temporada de la verdad y de la famosa regeneración, y ¡oh, dolor!, la amputación no ha servido de nada, el *virus* maléfico no se ha extirpado, y la gangrena invade mucho más precipitadamente la materia mutilada y parálitica que nos deleitó y entretuvo con sus alegrías y atractivos.

¿Cabrá dudar ahora de la semejanza, más bien de la identidad, de los términos expuestos? ¿No sería más propio en todos estos casos que pavonearnos con la ampulosa y decantada regeneración, *achantarnos* modestamente en el tonel de Diógenes, y esperar la aparición del ser que arrancádonos la máscara bajo que nos encubrimos, nos dijese:

levantate y anda?...

Pero por si no fuese bastante lo indicado para de-

mostrar que el asunto de nuestra competencia está al mismo nivel que los demás asuntos, ofreceremos la prueba con lo ocurrido en la cuarta corrida de abono, verificada el miércoles 9 de los corrientes, día elegido en previsión y con antelación á otras corridas anunciadas para el jueves, y suspendidas por el temporal de indiferencia y aburrimiento que se cerró sobre la villa y corte del emblemático *oso* y del *madroño*.

Seis toros de la ganadería de D. Anastasio Martín eran los designados para lidiarse en esta fiesta; y aquí empieza todo un idilio de puntas, del que se han hecho cargo los demás periódicos profesionales, y que, por tanto, nos limitamos sólo á reproducir. Los referidos bichos parece que no estaban *presentables*, lo cual no nos extraña, pues si para muestra basta un botón, ya vimos por el que mató Bombita chico, que se trataba de una corrida de caracoles menudos; y en su consecuencia pensó el empresario en sustituirla, como compensación sin duda, con otra corrida grande de Aleas, de Colmenar. Consultado el caso con los espadas, parece (y sigue no pareciéndonos mal) que el segundo se encogió de hombros y el primero y tercero se encogieron, no sabemos de qué; pero que motivó el que al empresario se le encogiera á su vez el ombligo, y ante el temor de que los maestros pudieran llegar hasta la rescisión del contrato inclusive, volvió sobre su descabellado acuerdo, quitando del tablero ó del redondel á los Aleas y reemplazándolos con los Muruves que se aprobaron definitivamente. Tal dicen y tal repito, y por cuenta propia sólo me ocurre preguntar: ¿Pues no habíamos quedado en que sólo Guerrita era el que no quería toros grandes ni de Colmenar?...

Luis Mazzantini, Joaquín Navarro (Quinito) y Antonio Fuentes, con sus respectivas servidumbres, fueron, pues, los encargados de entenderse con las seis reses de D. Joaquín Muruve, de Sevilla. Todas negras, muy finas, bien cuidadas y de excelente tipo, formaron en conjunto una bonita corrida bajo el punto de vista de la presentación; un buen mozo, el primero; un señor toro de respeto, el segundo; un becerrete adelantado, el cuarto, y terciados los demás cuanto á corpulencia, y bien despachados, sin exageración, excepto el cuarto que tendría sus cuatro dedos de pitones, respecto á armadura, completaron las condiciones externas del ganado.

Para la lidia, el primero se dolió y creció á la vez al castigo y adelantó en banderillas y muerte; el segundo también se dolió al hierro, se huyó en palos y se reservó y defendió en muerte; el tercero, topón y sin poder en varas, incierto en banderillas y revolviéndose en muerte; el cuarto muy bravito en el primer tercio, levantadillo en el segundo y bueno en el último; el quinto cumplió con los caballos, bueno luego y algo quedado al final, y el sexto voluntario en puyas, desarmando en palos é incierto al matar. La pelea con los picadores se compuso de 43 varas, por 22 caídas y 12 caballos arrastrados, picando con más voluntad J. Carriles y el Formalito y pasando Pino á la enfermería herido en un pie. Los mejores pares de banderillas correspondieron á Zayas, Roura y Antolín; este último por la manera de llegar. La corrida en conjunto, por parte del ganado, de las mejores que llevamos.

Mazzantini. — La faena de muleta fué parca en el primero, á pesar de lo cual estuvo en ella despegado y rodeado de toda la cuadrilla, no aguantando en

un solo pase, que es lo que necesitaba el toro. Hiriendo se cuarteó y echó fuera las cuatro veces que pinchó y en todas mal. En el cuarto, con un solo pase de muleta, entró á matar al volapié, dejando una estocada bien puesta. En lo demás hizo poco, y en la dirección hubo ocasiones, como el final del segundo tercio del primero, de verdadero lío.

El público se mostró con D. Luis extremadamente hostil. Después de la muerte del primero, que provocó acentuadas manifestaciones de desagrado, continuó la tensión é intransigencia contra el diestro, que como es consiguiente, se molestó y reservó en la lidia. La salida del cuarto, y su escasa representación y cornamenta, levantó mayores protestas contenidas gracias á la bravura del bicho, pero no atenuadas para el matador, que en su vista se abstuvo de torearlo, limitándose á salir del paso pronto. Mazzantini, haciéndose cargo sin duda de las veleidades del público, aguantó el temporal con una resignación á que no siempre se ha doblegado; y eso es lo que necesitan los artistas que trabajan para el público: mucha resignación.

Quinito. — Además de ser un toro difícil y de mucho poder el segundo, el fuerte viento fué un nuevo obstáculo para la faena de muleta, á pesar de lo cual el espada trabajó confiado y con muy buena voluntad, si no con entero lucimiento. Entró á matar de largo y con pies, y de ahí quizá que no fijase la puntería y el golletazo que acabó con la res. En el quinto la brega muy aceptable para las condiciones en que se hizo; el diestro, aunque sin ceñirse gran cosa, no perdió un momento la cara del bicho, y entró á matar muy bien y muy en corto con dos volapiés, tendencioso el primero y bueno el último. A este mismo toro le lanceó con dos verónicas regulares, y le quebró dos medios pares de banderillas con tanto arte, precisión y aplomo, que valieron por varios enteros. En el resto cumplió bien.

El trabajo de Quinito fué acogido con verdadero agrado y premiado con varias ovaciones. Y se comprende: el público, que está ya harto de aburrirse con diestros de *tronío* y de exigencias, se encuentra con uno sin pretensiones, que le da tanto ó más que aquellos, y abrazando la causa del que más le considera, defiende la suya propia.

Fuentes. — Como de costumbre, la primera parte de la faena en el tercero muy elegante, parada y ceñida; luego embarullándose y hasta saliendo en algunos pases perseguido y embrocado; en un pinchazo sin soltar, otro en hueso y una estoda á volapié, entró muy bien, estrechándose tanto en la última, que salió rebotado. En el último, con el trapo estuvo movido y bastante precipitado, y entró á matar también con buenos deseos, clavando una estocada á volapié, un poco ida. En ambas ocasiones escuchó aplausos y estuvo muy activo en el resto de la lidia.

De los demás detalles de la corrida, haremos constar que la Presidencia estuvo muy acertada; que la tarde transcurrió ventosa y fría y que la entrada la constituyeron dos tercios de plaza.

¡Conque, vamos regenerándonos..... y á otra!

MARIANO DEL TODO Y HERRERO

LAS QUE SE QUEDAN REZANDO

Doña Carmen Jiménez, madre de los Bienvenida, no ha visto torear a ninguno de los suyos

TODOS LOS AÑOS ACUDE ANTE LA VIRGEN DEL PILAR PARA ROGAR POR SUS HIJOS



Jesús del Gran Poder, de la capilla de los Bienvenida

Mientras el torero se juega la vida en el ruedo, en su hogar hay quien pasa horas angustiosas. Es siempre una mujer que pide al Altísimo por el ser amado. Hoy contamos lo que la madre de los Bienvenida hace cuando sus hijos toorean.

Las quince primaveras de aquella flor andaluza que el señor Jiménez trasplantó a Madrid cuando vino de Sevilla, buscando mayor espacio a su arte de tallista excepcional, eran los quince años más bonitos que se volan por la capital de España. Carmencita no lo sabía, y por ello era auténtica la femenina gracia de aquella flor andaluza, que llenaba de encanto y finura el taller del artista andaluz.

Por el taller del tallista iba a menudo un mozo que había sido torero. Iba hacia arriba cuando el 10 de julio de 1910 un toro de Trespalacios le cerró el camino. Bienvenida se encerró en el ruedo de Madrid con seis bichos para él sólo. El tercero, Viajero, número 13, cárdeno chorreado, le cogió al pretender dar el primer muletazo. Manuel Mejías fué el primer torero que dió el pase de la muerte; quiso introducir en tal suerte una variante: daría el muletazo sólo con la izquierda. La cogida fué terrible. Pasados los primeros días de extrema gravedad, los médicos dictaminaron que Manuel Mejías quedaría cojo. No se resignaba el que fué gran torero. En Barcelona le vió el doctor Raventós. Luego, los doctores Ortiz de la Torre y Goyanes. No había esperanza. Fué a

Cartagen, atraído por la fama del doctor Maestro. Las palabras del doctor Maestro le llenaron de tristeza: «Usted sólo podrá vestir el traje de luces para retratarse».

Manuel Mejías no tenía más consuelo que el que podía proporcionarle su amigo el tallista sevillano. ¿El tallista? Se dió cuenta de que la charla del tallista era un sedante para él, pero que lo que realmente llenaba de luz su vida era la belleza de Carmencita Jiménez. Y le dijo que la quería. Y ella respondió con una sonrisa que era la explosión de toda la gracia de sus quince años.

El que había sido torero quiso volver a los ruedos. Se puso en manos del doctor Decref. Doctor y torero convinieron comenzar la tarea. El mozo estaría en tratamiento durante cinco meses. Si al cabo de este tiempo no curaba, el doctor no le presentaría factura. Si quedaba útil para el toreo, Manuel Mejías pagaría al doctor Decref lo que éste juzgara oportuno. Carmencita Jiménez deseaba, en secreto, que su novio no pudiera volver a torear.

Carmen tenía dieciséis años cuando casó con Manuel Mejías, que había cumplido veintiséis. Manuel volvió a ser torero.

Carmen Jiménez no había visto nunca torear a su marido. Una tarde, Manuel Mejías hizo que su mujer, con sus pequeños Manolo y Pepe, fuera a la placita de Cara-Ancha a pasar un rato. Con engaños, la colocó en un palquillo al que se subía por una escalera de madera, y con Carmen subieron Manolo y Pepe. Quitó Bienvenida la escalera y dió suelta a un becerro de Villamarta que había comprado para que su mujer le viera torear. ¡Y cómo toreó y mató el Papa Negro! Pero Carmen había vuelto la cabeza tan pronto como el becerro apareció en la placita y no había visto nada. Doña Carmen Jiménez no ha visto nunca torear a su marido ni a sus hijos. Mientras su marido se hallaba en la Plaza, ella pasaba las horas rezando. En cierta ocasión salió de su casa «el Papa Negro» para torear una corrida de la Prensa en Sevilla. Ella quedó con sus tres hijos y su angustia, pidiendo a Jesús por su marido. Minutos antes de la hora anunciada para la corrida comenzó a diluviar. Se suspendió el festejo. Bienvenida, de vuelta a su hogar, encontró a su esposa orando. Extrañó ella el rápido regreso de su marido, y éste explicó que se había suspendido la fiesta por lluvia. Tan concentrada estaba ella en aquel momento que, sin darse cuenta de lo que decía, preguntó: «Pero, ¿es que cuando llueve no embisten los toros?»

Ahora don Manuel Mejías apodera a sus hijos. Es corriente adquirir compromisos con empresarios de provincias por teléfono. Siempre que don Manuel tiene alguna conferencia con estos empresarios, doña Carmen pregunta a su marido, con la esperanza de acertar: «No os habéis arreglado, ¿verdad?»

Cuando sus hijos toorean en Madrid, doña Carmen Jiménez, con su hija Carmen Pilar, pasa parte de la mañana preparando los alimentos que aquéllos han de tomar. Antes de que los muchachos se vistan de toreros, la madre y la hermana entran en la capilla de su casa, en la que hay una magnífica imagen de Jesús del Gran Poder, otra de la Virgen del Pilar y otras de Nuestra Señora. Los hijos se despiden con un beso. La madre con otro y éste deseo: «Hijo mío: Que el Señor y la Virgen te acompañen. Se arrodilla, reza y espera. A medida que van siendo arrastrados los toros, desde la Plaza alguien llama por teléfono a casa de don Manuel Mejías. Carmen Pilar recibe la noticia: «Sin novedad». Y madre e hija siguen pidiendo con todo fervor por los suyos.

Si los muchachos toorean fuera, llaman a su madre tan pronto llegan a su punto de destino, le dan pormenores del viaje y le dicen a la hora exacta en que da comienzo la corrida. Ella permanecerá con su hija en el oratorio hasta que sus mismos hijos, sin perder tiempo en quitarse el traje de luces, le digan que todo fué bien.

Doña Carmen Jiménez, madre de diez hijos a los que ella crió y cuidó, ha pasado muchas horas de feroz angustia. Tres de sus hijos murieron siendo niños. Dos—Rafaelito y Manolo—, cuando ya la madre los creía para ella. Ahora, doña Carmen emplea gran parte de sus horas en cumplir las promesas que hace por sus hijos.

—No acabaré nunca de cumplir esas promesas—dice don Manuel Mejías—. Imagínese usted que se ha impuesto la obligación de compensar con un mes de privaciones, cada día que pierde, aunque sea por enfermedad, en el cumplimiento de sus promesas. Todos los años hace un viaje a Zaragoza para orar en el Pilar. Va en tercera, sin cruzar la palabra con nadie durante el viaje, y se hospeda en una pensión. Calcula luego lo que le hubiera costado el viaje hecho con toda clase de comodidades y la diferencia la da en limosnas.

Doña Carmen Jiménez, que no quiso ver torear a su marido, no ha querido tampoco ver torear a sus hijos. El año pasado Alvaro Domecq rejoneó tres sobrereros en la Plaza de Madrid, a puerta cerrada. Quería ver torear a caballo a Domecq y fué a la Plaza. Domecq rejoneó al primero, y cuando lo creyó oportuno invitó a Angel Luis a que matara. Doña Carmen volvió la cabeza para no ver, y disimuladamente salió sin querer ver más.

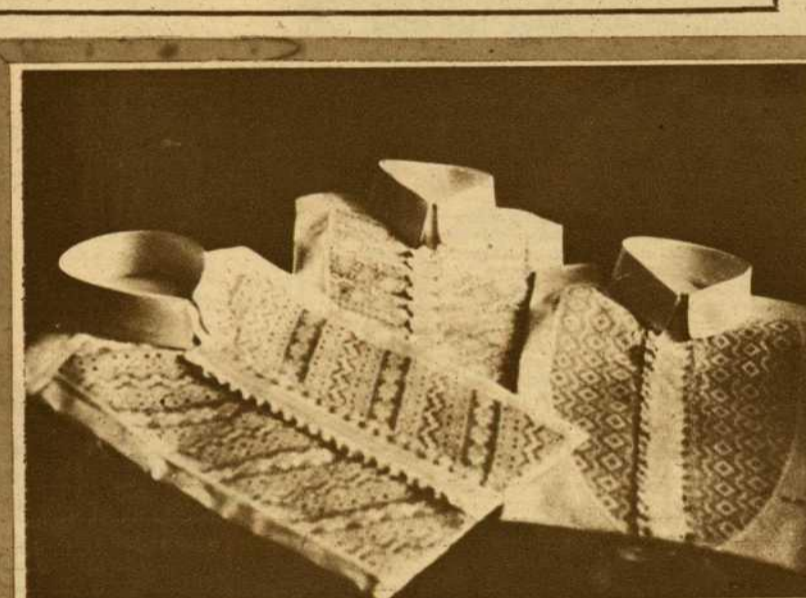
Si alguna vez veis de cerca vestido de torero a alguno de los hermanos Bienvenida, poned atención en la camisa de torero, esa maravillosa camisa de torero, la ha hecho la madre del torero.



Doña Carmen Jiménez, esposa y madre de toreros



Doña Carmen es la que confecciona las camisas de torero para sus hijos



Las camisas de torero de Pepe, Antonio y Angel Luis Bienvenida. Tres «obras de arte» que salen de las manos de la madre de los populares diestros



El matrimonio Bienvenida sonríe feliz ahora, ajeno a preocupaciones. Bien se ve que esa tarde no toorean sus hijos

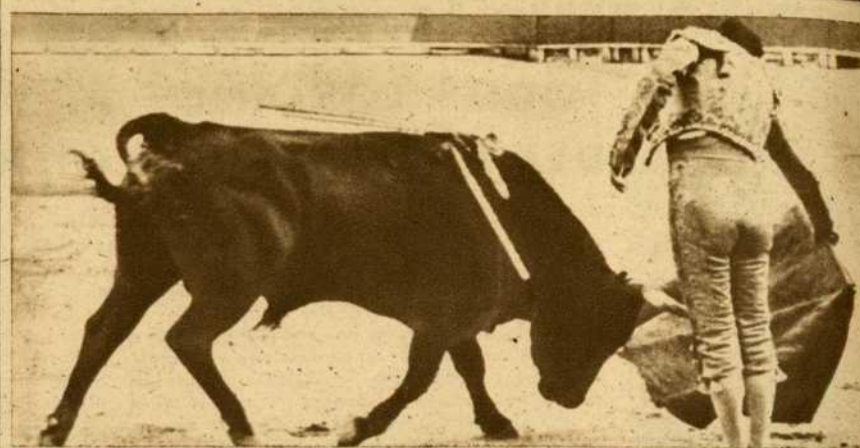
**El domingo,
en Valencia**

Cogida de CIRUJEDA

LUIS MIGUEL DOMINGUÍN cortó una oreja



Luis Miguel Dominguín, Aguado de Castro y Miguel Cirujeda, antes de hacer el paseo



Un derechazo de Miguel Cirujeda



Un pase por alto de Aguado de Castro en el cuarto novillo



Luis Miguel Dominguín da la vuelta al ruedo con la oreja que cortó a su segundo toro

VALENCIA 18 (Mencheta). — Novillos de Taasara para Cirujeda, Dominguín y Aguado de Castro.

Primero.—Cirujeda empieza su faena con estilo, y a la mitad de la suerte, de un pase en redondo, es empitonado por la ingle, siendo retirado a la enfermería.

Dominguín despacha al novillo tras unos muletazos de castigo, muy valiente, y mata de una entera algo perpendicular. (Palmas.)

Segundo.—Dominguín lo r cogió con un lance de rodillas. Luego prendió dos pares y medio con buen estilo. Inicia la faena con tres muletazos soberbios con las dos rodillas en tierra. Sigue muleteando con arte, al son de la música, dando un natural con la izquierda, aguantando mucho. Mató de media algo caída, pero de efectos rápidos. (Ovación, oreja y vuelta.)

Tercero.—Aguado de Castro se deshizo de su enemigo, que estaba de oído, con unos muletazos de castigo, intencionalmente valiente, algunos otros buenos, para un pinchazo y media en su sitio. (Ovación.)

Cuarto.—Aguado, valiente, muletea con temple, sobresaliendo en unos pases por alto y otros derechazos impecables. (Música.) A la hora de matar se descomponió, y da tres pinchazos sin soltar. Señala otros dos, entrando feamente, y descabella.

Quinto.—Verónicas excelentes de Dominguín. Con la muleta, faena de cercas y entredida, con despiantes, pero sin ligar. Un pinchazo y media buena a toro parado. (Ovación y saludos.)

Sexto.—Aguado lancea aceptablemente. Aguado de Castro trastra con voluntad, pero sin lucimiento, siendo volteado y pateado por el bicho sin consecuencias. Señala dos pinchazos y remata de media buena.

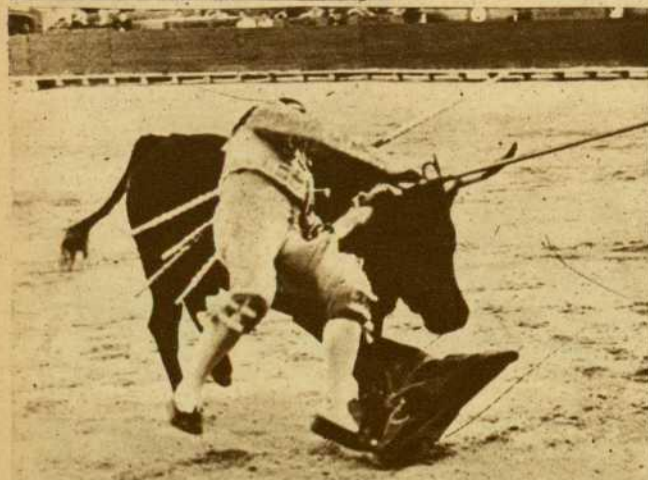
El peso de los novillos es el siguiente: 162, 167, 192, 196 y 216.

PARTE FACULTATIVO

"Herida contusa situada sobre el ángulo interno del ojo izquierdo, que interesa pila, esclerótica y saco lagrimal; contusiones y escoriaciones en diversas partes del cuerpo. Pronóstico reservado."



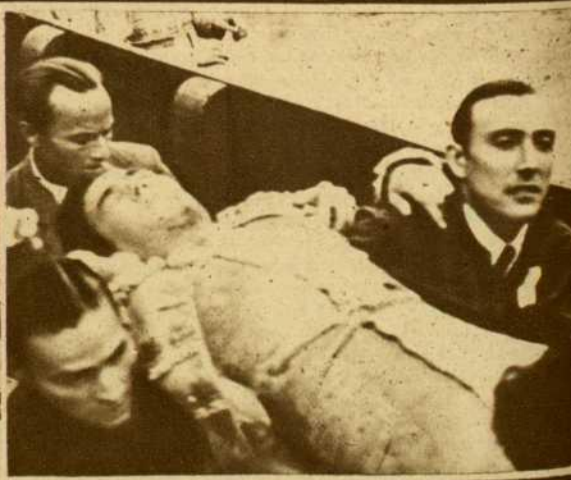
Un pase natural de Dominguín al toro que cortó la oreja



Un momento de la cogida de Cirujeda en el primer toro



Cirujeda, después de la cogida, es atendido por sus compañeros



Momento en que el diestro Cirujeda es conducido a la enfermería

Seis novillos de D. ENRIQUETA DE LA COVA en Sevilla, para el YONI, ROLDAN y CORTES

La lluvia deslució el festejo,
en el que se oyeron tres avisos

SEVILLA 18 (De nuestro corresponsal).—Excepto la labor de Yoni con la capa y la muleta en su segundo toro de Guardiola, que salió en sustitución del cuarto, poco puede decirse de la novillada de esta tarde.



Miguel Antonio Roldán, de Córdoba, lidió deslucido bajo la lluvia, molesto por el viento, mientras la tormenta tronaba. Un aviso, después de varios intentos de descabello, fué el resultado final de su faena.

En su segundo estuvo más adornado y valiente con la muleta, derrochando voluntad, pero tampoco tuvo suerte con el estoque.

Manolo Cortés, de Valencia, en su primero escuchó un aviso, después de una regular faena de muleta. En su segundo, a pesar de que puso mayor voluntad y se mostró más decidido, tampoco pudo sacarle partido. Lo mató con brevedad al tercer intento de descabello.

Bonifacio García (Yoni) fué, como se dice al principio, el único de los tres novilleros que entusiasmó al respetable. En su primero estuvo discreto, pero lo mató muy bien, volcándose sobre el morrillo del toro.

En su segundo, en cambio, le sacó buenas verónicas apretadas, con las manos bajas, que fueron muy aplaudidas. Matando estuvo valiente, acabando con el novillo con una estocada espléndida. Fué muy aplaudido y dió la vuelta al ruedo.

Los novillos de doña Enriqueta de la Cova no ofrecieron grandes dificultades. El último era más bravo, pero no dió juego, y fué sustituido por haberse inutilizado en el primer tercio.



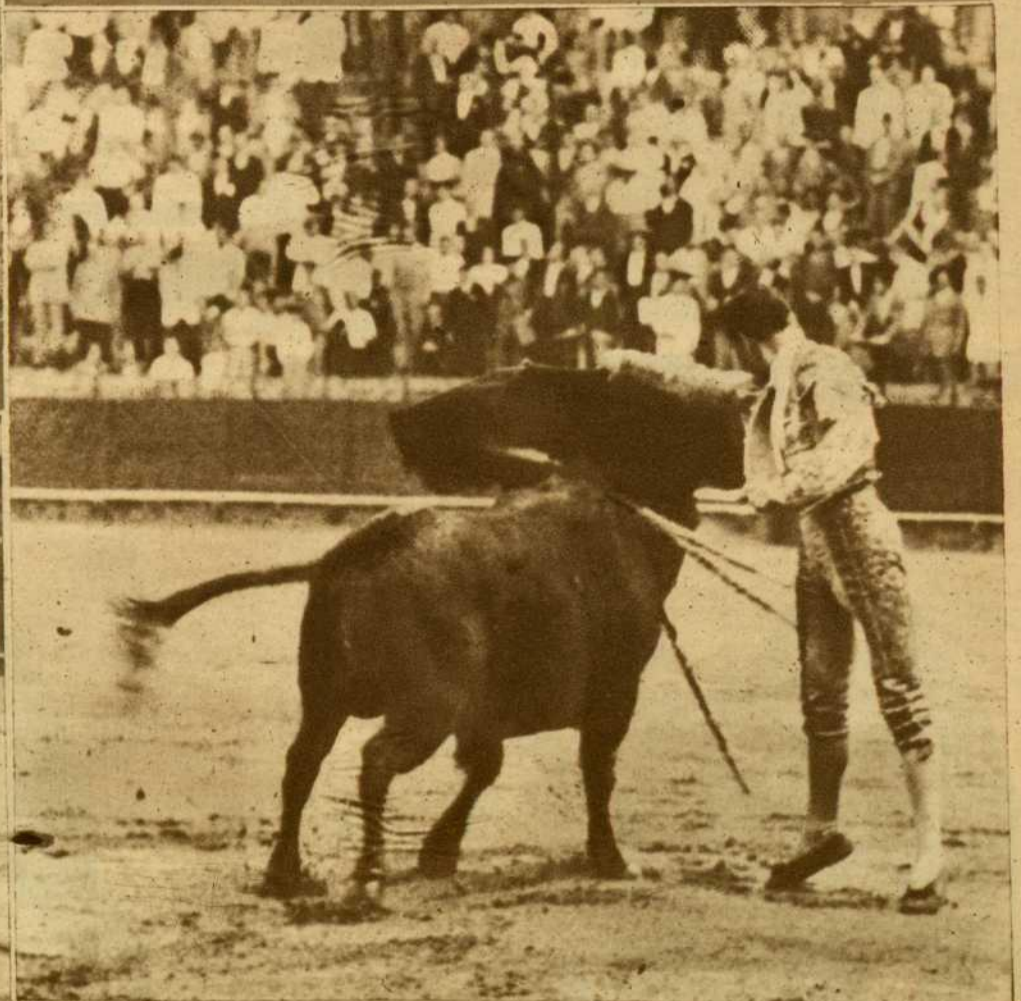
El Yoni, Roldán y Cortés antes de hacer el paseo



Un buen lance del Yoni a uno de sus toros



Roldán entrando a matar en su primer toro



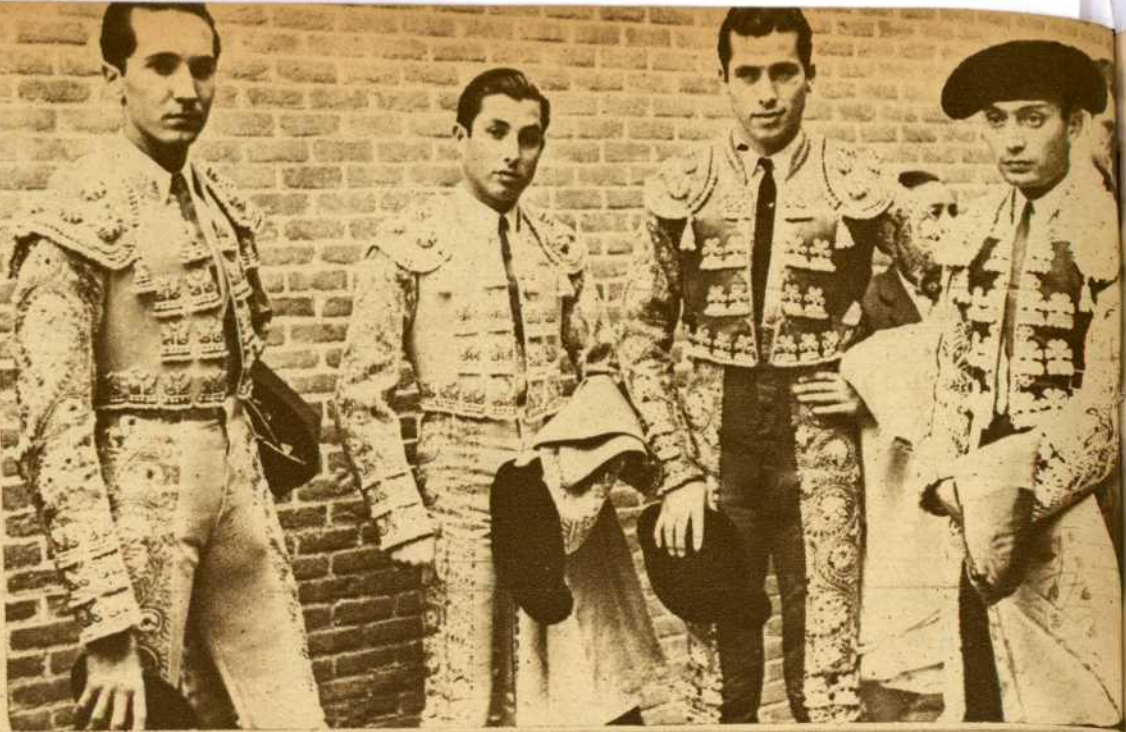
Un muletazo por alto de Roldán a su segundo toro



Cortés toreando de capa a su segundo novillo



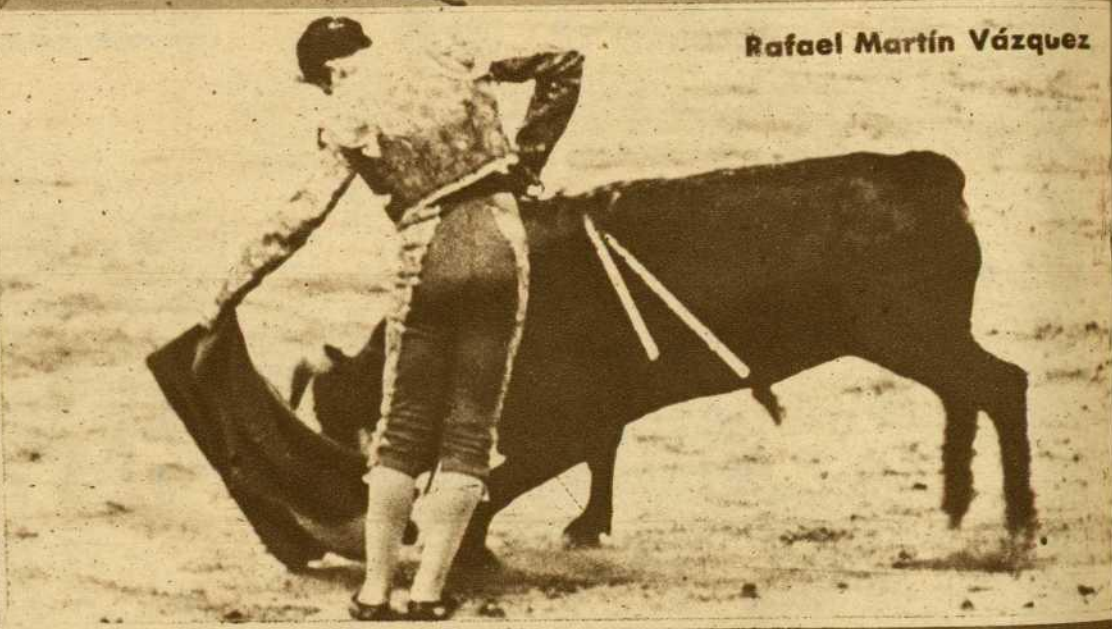
Luis Miguel Dominguín



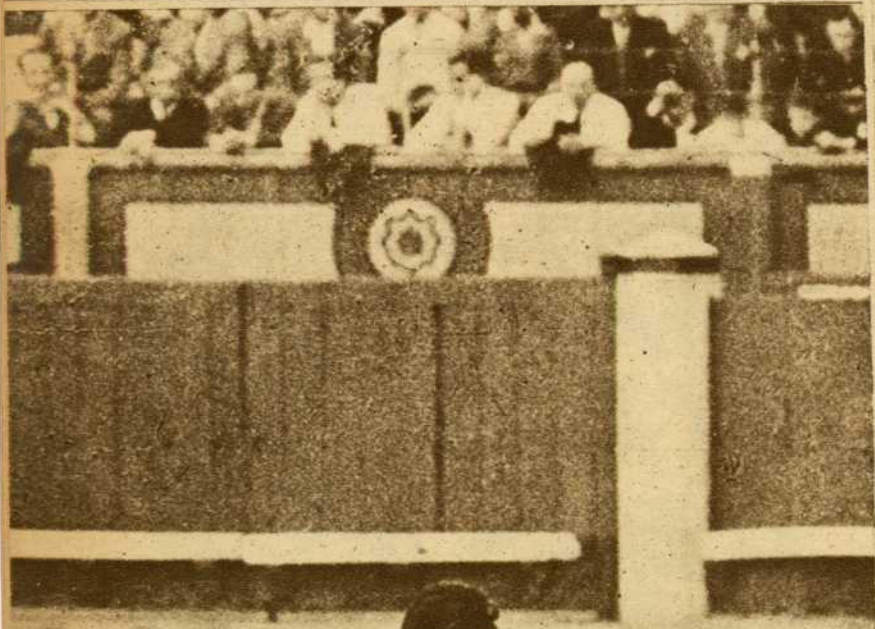
EL JUEVES, EN MADRID

**Novillos de COBALEDA
BONI, LUIS MIGUEL DOMINGUIN,
PEPE y RAFAEL MARTIN VAZQUEZ**

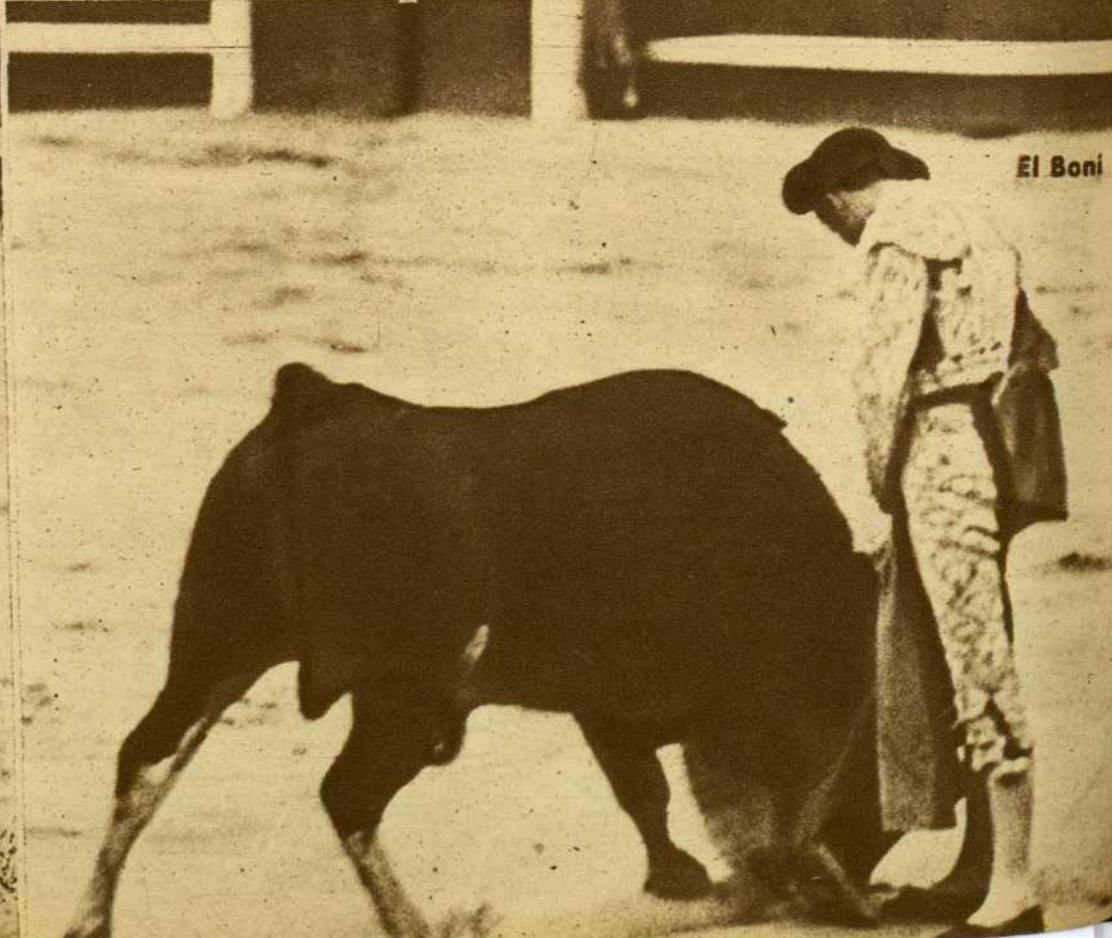
Cinco momentos gráficos de la actuación, el jueves, en Madrid, del Boni, Luis Miguel Dominguín y Pepe y Rafael Martín Vázquez (Fotos Baldomero)



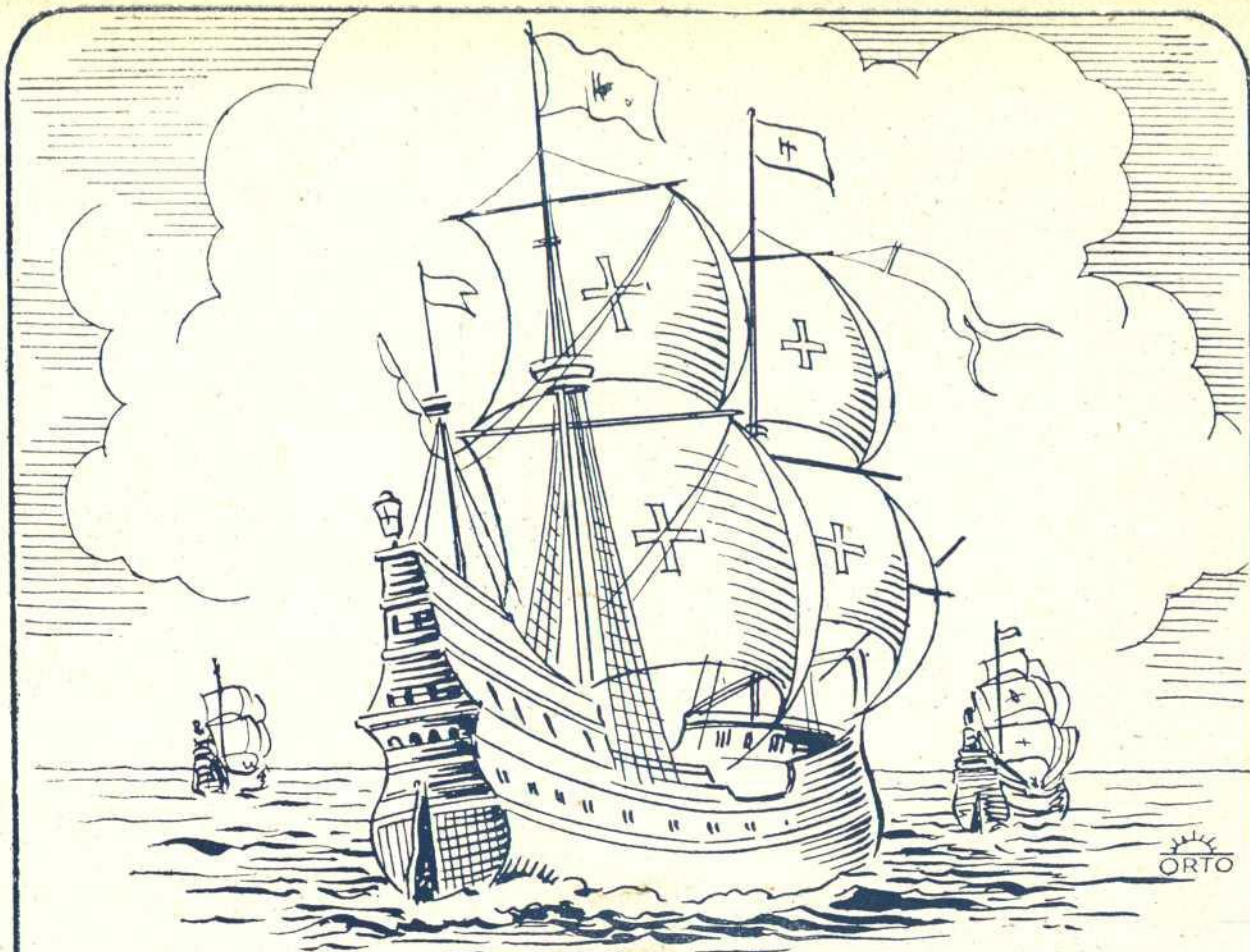
Rafael Martín Vázquez



Pepe Martín Vázquez



El Boni



NAVEGANDO

en la "Santa Maria", Colón descubrió el Nuevo Mundo.

Con un aparato

"CARABELA"
de **TELEFUNKEN**
Vd. puede conocer el Mundo

"CARABELA" Onda normal y corta para corriente continua y alterna, Ptas. 1556,25



TELEFUNKEN

PRECURSOR DE LA RADIO EN EL MUNDO
TELEFUNKEN RADIOTECNICA IBÉRICA, S. A - GETAFE

Las Grandes Figuras



**DOMINGO
ORTEGA**

dice:

*Después de una buena
tarde, nada mejor que
una copita de "fundador"
para celebrarlo. Y, cuan-
do no hay suerte, dos,
para olvidarlo*

Domingo Ortega

PARA CALIDAD

DOMECO